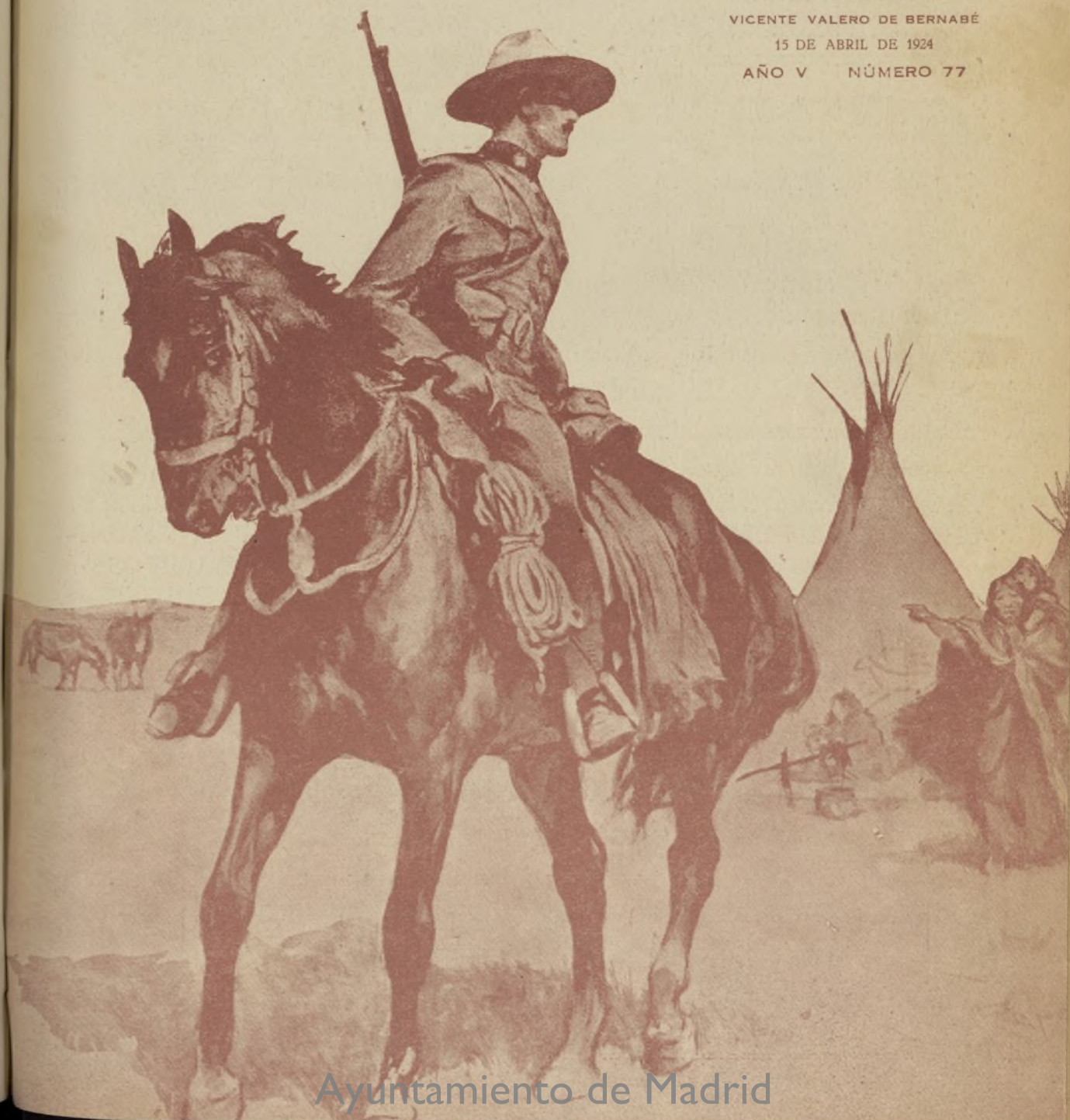


ARMAS Y LETRAS

HEMEROTECA
BIBLIOTECA
MADRID
ARTE • CIENCIA • INVENTO • VIAJE • DEPOR-
TE • LITERATURA • PASATIEMPO • CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

— DIRECTOR PROPIETARIO —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ
15 DE ABRIL DE 1924
AÑO V NÚMERO 77



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA
GUERNICA (VIZCAYA)
DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ
DUQUE DE OSUNA, 3.-MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército
Unica reglamentaria en la Marina de Guerra
Unica reglamentaria en el Cuerpo de
Carabineros, en el Cuerpo de prisiones y
para los Jefes y Oficiales de la Guardia
civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos
estas pistolas por conducto de

ARMAS Y LETRAS

PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8
TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—
Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
Lanillas para banderas.

LA MAQUINA DE ES-
CRIBIR QUE REUNE
TODOS
LOS ADELANTOS
MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
A LOS CONCESSIONA-
RIOS EXCLUSIVOS para
ESPAÑA, PORTUGAL
y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A. 458.
VALENCIA: Mar, 8.
BILBAO: Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA: Quint, 7.
SEVILLA: Rivero, 7.
TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

ALQUILER

Taller de reparaciones de toda clase. --:-- Accesorios para todos los sistemas.

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO

DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 pías. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

CASA HERNANDO

MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

El Arca de Noé

ALMACEN DE PAPEL
OBJETOS DE ESCRITORIO

Libros Rayados - Stilográficas Garantizadas - Papel de Hilo y Algodón

SOBRES DE TODAS CLASES Casa Especializada en Sumi- VENTAS POR MAYOR
— Y TAMAÑOS — nistro de Oficinas — Y DETALL —

CORREDERA BAJA, NUM. 39 Precios muy económicos — SUCURSAL —
— TELÉFONO, 44-79 M — CALLE DEL PEZ, NUM. 2

Al militar que viaja le conviene saber que en Madrid existe la **Pensión Castillo**
Vergara, 6, principal :: :: (Sucursal: Pasadizo de San Ginés, 6)

PENSION DESDE 8 PESETAS :: COCINA ESMERADA :: CUARTO DE BAÑO

CASA ESPECIAL PARA MILITARES



SASTRERÍA MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.033

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-
DERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CENIDORES.—CHA-
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCO, CORRAS Y ROSES,
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-
DADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FERRAJERA.— ES-
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.— CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.— ESPUELAS, ESPOLI-
NES, PLUMEROS Y COLAS, ETC., ETC.

Ayuntamiento de Madrid

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervcería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jipele

hace un buen

caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

Ayuntamiento de Madrid

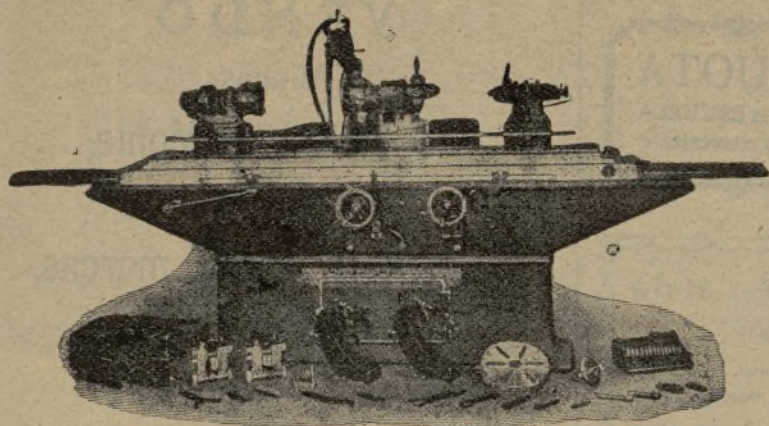
Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK

Consejo de Ciento, 421

BARCELONA

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera —:— Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 - MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS
Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA
PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS
Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 197 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorros de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

Ayuntamiento de Madrid

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ. — San Marcos, 11. — MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. — Teléfono M 4.205. — MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje.

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. ● ● Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION



El “Pianola-Piano”

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de

TODOS LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL “PIANOLA”-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,

de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

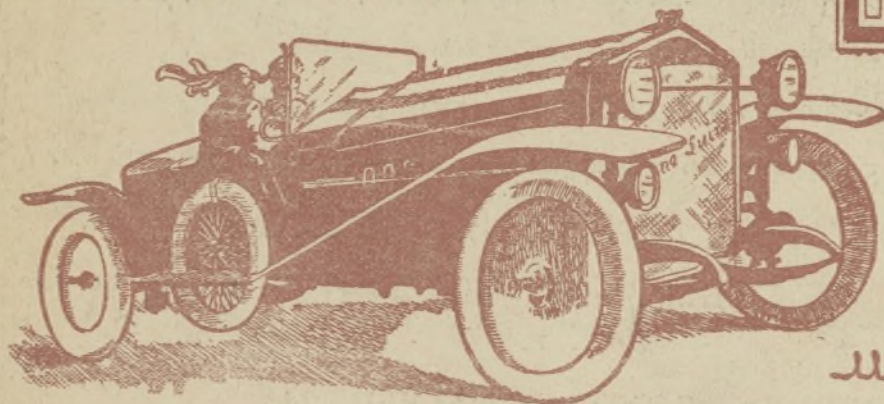
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de plano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para avladores.—Tornillería de acero.—Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Uslay



(DIALOGOS MILITARES)

CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO

Querido amigo Perico: no te fegues que m'ha incomodao que me digas postinero, por el postín que me doy cuando te igo algo d'esas cosas de Tizi que en un día cualquiera, se pone peor que en el de denantes: lo dices tu? pos está bien dicho, manque solo sea por la gracia que tiene eso de tres u cuatro sastres p'hacer una chaqueta: asín queremos hacer aquí, solo q'hay mas de esos y denguno se pone a coser los botones, que son los que tien qu'estar aonde estén los ojales ¿se me comprende u no?

Pué que te creas eso de que el turulato de la krin, se va a poner pa poer hablale en cuanto vea los treinta cuervos que vais a mandar: ¡como que se para en barras ese gachó! y eso que agora, ya será otra cosa por qué... ¿a que no endivinas lo que icen qu'ha pensao hacer? no vayas a correlo por el pueblo ¿eh?... casi ná... comprar tres u cuatro aroplanos y mú cargaos de bombas, envíalos a Melilla pa que se quiten peso d'encima ¿te paece a tu?

Menuda sarracina s'armao el otro día con unos pajarracos d'esos que no eran nuestros: van los aviadores de musotros y se seguran qu'aquello era de los mojametes y ¡no quías saber!... tan y mientras que se persigna mi beato loco, salieron más de veinte, volando mas que los vencejos y... ná: ice el Tiniente Bailez, qu'erán unos franceses que venian a darse un paseo; pero, no ha estao mal la cosa, no; asina verá el mojamete grandullón que si hace lo qu'ha pensao, tortilla sigura d'escabeche moro... ¡ah! se m'olvidaba icite que los que volaron, ya qu'habían subido, miraron p'abajo y unas caseticas y unos tinglaos que dende arriba parecían mú feos, pos como si hubiá sido el terrimoto de la señá Martinica: aun andan mirando aonde estaban las casetas, pero, como si no; ¡ni rastro!

Lo menos t'has fegurao que con eso sacamos algo: los vidrios rotos no más: mía que icir que los aragoneses semos tozudos; que dirán entonces d'estós gachós de las chilabas? ¿ves que los hicieron cisco? pos al otro día, unos que quisién entrar en Tiza y otros en Afrau y otros... lo mesmo que los hombres, y allá dentro de las montañas, muchos que se juntan y charran hasta que los cañones les icen a berridos... ¡Sús a callar!

¡Na! qu'aquí, tié que pasar algo y s'acabó too: si no quereis, icilo ¡repañó! y nos iremos toos ca pa casa; u ¿es que s'os fegurais que vamos a gusto en este macho que cuesta arriba no pué subir y cuesta

abajo trompieza a cada paso?... malas estaban las casas de las ciudades, pero, ¡reconcho! qu'esto, tamien hay qu'arreglalo.

L'otro día ician unos oficiales que dende el mes que viene vá a venir una escuadra de barcos nuestros, pa enviar castañas dende la mar; ician tamien, que vamos a hacer pueblos en la orilla del agua pa estar solo allí y dejar a estos tercos en los montes y barrancos, que se den toas las manguzás que quieran: no tengo yo mucha comprenencia, pero, me paece mú bien pensao eso.

Asín, estaríamos mas mejor y si un día tenías calor, te podías bañar y no qu'ahora ¡cualquiera gasta una miajica de agua, pensando que te pués morir de sed o que pueen matar al que te la traiga! es una ideica que la podíais haber tenido hace mucho tiempo: el capitan de tu compañía ice qu'eso de ponenos junto a la mar, es lo que mus madaron hacer y por metenos aonde no nos llamaban... ¡mía que si las cosas son ansina! amos qu'el que lo caviló... te perdono lo que t'iba a icir... fegurate como será...

No m'hagas cuchufleinas con eso de que me van a quitar el puesto de cocinero (hoy, ya no semos rancheros) pa poner a un chiquilicuatre d'esos que no puén con el fusil; ya sabes que yo, como toos los que se tratan con la Pilarica, parejo qu'el tío Jorje, no sé reblar y salto u me troncho, pero no me doblo ¡ridiez! y voy donde haga falta ir y si no guelvo, pos, es que m'hi quedao allí porque m'ha dao la gana y náa mas... ¡ah! y si viene aquel sobrino del Alcalde que por unas rayicas no vino, enviámelo p'acá que yo le... diré como se pone la leña pa qu'arda mejor y la sal qu'hay qu'echar a lo soso, enviámelo, anda, que pué que le complete las rayicas que le faltaban, a puro d'empentale.

Si que tié gracia lo que ices de la señá Rita pa cuando vengan las elecciones: oye maño; si son guapas las mujeres del pueblo que tienen voto, apartame una plaza d'esas de lectorero pá ir a buscarle votos de mujer al candidato, por qué, pa labia con ellas, icía mi agüela que no había otro, si nó su nieto; debe ser mú entretenío ese oficio ahora, pero, no te compingas que votarán al que quieran ¡como qu'ha nació el que convenza a una mujer que no tié padre ni marido!

No sé mas cosas y me he cansao d'escribir... desimula maño, qu'otro día será mas y es tuyo amigo quien lo es — Juan.

Me paece, querido amigo Juanico, que desageras

una miajica en too eso que ices de las cosas que pasan por ahí: ¿es qu'alguna vez s'ha podío atar ná con las cuerdas de los mojametes? siempre han sido asina ¿que te confías? chaparrazo ¿que t'escamas? lo mesmo: si no podeis hacer manque, que sus tocan un fandango? venga danza; ¿qu'es la jota? a pateala con gracia y fuerza y ná mas.

Ya pues estar contento y dicilo por too el campamento: ya ha salío lo del reclutamiento y no hay otra cosa que lo que te dije, porque lo de las cuotas que son de mas perras, poco te pué importar a tu: ¿que no te gusta eso de las cotas? ni a mi tampoco: los que icen a toas horas que debemos ser iguales toas las personas, no se ve aonde tienen la comprenencia que ices tu: ¿se pué icir que comen igual los que paran en una mesma posada? al rivés: si te sientas junto a uno que pide pollos y jamón, aun te parecerán pior las sopas y el abadejo que puás tu pedir: tié razón el señor Cura cuando ice en los sermones que too eso de la igualdad, hay que miralo mú despacio, porque muchas veces, lo parece y no lo es: a mas, como ice tamién, la fraternidad lo arregla tóo mejor: siendo toos hermanos, no hace falta que seamos iguales y será como si lo fuéramos.

Esto, pué que te parezca raro y no lo comprendas bien; asín me pasa a mi, pero me ice no se que, ni quien, qu'eso es lo que debe ser: fijate, si nó: salen varios hermanos de casa y el uno se va al café y el otro al juego de pelota y el otro, al campo, pero, que toca la campana a fuego y es su casa?... a escape, toos allí y ca uno hace lo que pueda y un poquitico mas, pa que no se queme lo que valga y sobre too, pa que madre salga del peligro, llevando entre toos la sillica, lo mismo el que tenga mucho poder, que el que no pueda na; síguro que m'has comprendío... no; si no eres tu tonto ¡ca!

¿Qués que te diga lo que pasa por aquí? ya está dicho; ná: andamos con eso de como han de andar los Ayuntamientos nuevos y un señor que icen qu'es quien lo ha icido too, anda el pobre con la maleta a cuestras, explicando por todos los puestos lo qu'hay qu'hacer: se conoce que no lo han escribío too en la Gaceta y tienen qu'explicarlo: no me preguntes si está bien u mal hecho: no lo sé, ni lo puó saber.

Ascuchas a unos y es una cosa mu güena: oyes a otros y resulta una obra endemoniá: aluego piensas en que denguno pué decir como toca el dulzainero, si no ha venío mas que el tambor y te quedas parao, pensando que ni los de arriba ni los de abajo, saben lo que se icen, por que no puen sabelo: ten pacencia, como me ices tu muchas veces; aguarda que llegue el carro y te diré como está pintao y que tal son los abríos que lo llevan, sin fijame en los arreos ni en los cascabeles.

En lo que parece que van poniendose conformes los qu'hablan d'estas cosas, es en que los concejales que van nombrando, no son mú seguros: icen que tienen casi toos la mesma culor en eso que llaman política y hay quien está muy escamao, porque algunos lo

han sido ya y manque se sabe que no hicieron naa malo, tampoco se sabe que lo hicieran güeno y como too estaba muy malo,... si el vecino te encomienda que le guardes las uvas de la parra, cuando vea que no hay denguna ¿quedarás bien con icile que no l'has as cogío tu?

No sé yo lo que resultará con esos que güelven: ice el maestro que los nuevos, no debían querer dir a dengun puesto, con los de la vuelta ¿verdá qu'es un exagerao? si entonces, con otros malos, no hicieron mal, pos, es que no son malos... sí, pero, ascucha maño, tu ¿t'atreverías a icir que son güenos?... no li des vueltas que la cosa, tié mas pelendengues de los que tu crees... en esto, pienso yo, como tu en lo otro: si tiés con que ¡órdago a too! y que te oigan en la plaza y en el monte y en toas las partes y si no... a casa, manque no llueva.

¿Pa que t'habré nombrao la lluvia? dende que t'escribí l'otra carta, el día que no ha llovío mucho, es qu'ha llovío mas: han escomenzao las inundaciones y... la de siempre; huertas arrasás, casucas que se caen y... ya, ya t'estoy oyendo: tiés razón; vaya unas casucas que serian y las huertas, u estaban por donde el agua tle que correr o no tenfan na pa que no les llegara ¡clavao!

Y digo yo ¿no has visto que muchas veces, regañan dos mú acaloraos y a luego resulta que denguno tié razón o que la tienen los dos? el que pierde la huerta por una arriada ¿tié la culpa él, por haberla puesto allí, o el otro que no l'hizo una pared? a sabelo y una casa que se cae, por que el agua la rodea ¿a quien darías tu dos manguzás? ¿al que la hizo mal o al que no se la hizo tirar y volvella a hacer?

No se pué hablar de las cosas, te dicen muchas veces, por que a lo mejor, lo que parece qu'está mal, está bien y al revés y mi agüelo, que tié mas conchas que seis u siete galapagos, cuando oye eso me dice siempre —No hagas caso mañico; lo que bien se hace, bien hecho está: si algunas cosas que parecen bien resultan mal, fe gurate lo que pasará, con las que paecen malas— No se que icite, pero, no me ricuerdo que el agüelico s'haiga equivocao nunca: ¿no te parece que es cosa de chufia que un puente que s'hace para pasar por encima de un río, el día que este traiga una miaja mas d'agua, puá con el y se lo lleve? ¿pa que lo hicieron, rediez? ¿pa cuando no baje agua?

Amos que m'atontolino al ver algunas cosas: parecemos al rico aquel que le dió media capa a un pobre y al partirla, resultó que se helaban los dos... güeno; si quies saber mas, al furriel que te cuente lo que quieras, si no sale con aquello de «no se rés noy» a ver si en la otra que t'escriba hemos ganao el envite el veterinario y yo, y vamos camino del arreglo: chócala y hasta luego, se despide y lo es tuyo amigo — Pedro.

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.

CURIOSIDADES DE UN EJERCITO VIEJO

Para probar el alto concepto que se tenía en España de los soldados a fines del siglo XV y principios del XVI, cuenta Juan Rufo en sus *Apotegmas* que en la catedral de Toledo entró cierto día una mujer voluminosa, abriéndose calle a codazos y empujones.

—Háganla plaza, que trae un león en la barriga—dijo un concurrente, con sorna.

—No miente. A fe que estoy preñada de un soldado—replicó ella con donosura.

Aludiendo a los soldados españoles, escribió el gran poeta Calderón:

«Todo lo sufren en cualquier asalto; sólo no sufren que le hablen alto.»

En la primera mitad del siglo XIX eran innumerables los chismes de incomodidad y farsa que llevaba el Ejército. A la cabeza de los regimientos marchaban los gastadores; dejábanse las barbas, y si no las tenían, como los comediantes, se las ponían postizas. Además de las colosales gorras de pelo con plumeros, usaban mandil de ante, que los cubría desde el cuello hasta los pies; llevaban al hombro un útil brillante y tan artísticamente construido, que era inútil en caso de necesidad. Parecían tortugas puestas de pie. El cabo cogía con las dos manos una sierra, que sólo servía para reflejar los rayos del sol y encantar a los muchachos. Seguía el tambor mayor, mamarracho gigantesco, lleno de galones de oro o plata, y tan majo, que se hace posible el cuento del baturro aragonés, que al ver uno, cuando esperaban a Fernando VII en Zaragoza, creyó que era el Rey.

Muchos oficiales gastaban corsé o se apretaban la cintura, hasta necesitar desabrocharse para comer. El colosal morrión abrumaba a todos, y era preciso guardar el equilibrio al andar. Correr era imposible.

El alto corbatín de suela aserraba las orejas. Los soldados se ponían una almohadilla o peto, en la cual colocaban un bolsillo donde guardar los cuartos si por casualidad los tenían. El peto le suplían los sastres en el uniforme de los oficiales rellenando las solapas con lana o algodón, para que apareciesen abultados de pecho y se sofocasen en el verano. Cuando se suprimieron las almohadillas en los soldados les hacían poner en su lugar las gorras de cuartel, de modo que las borlas saliesen por debajo del corbatín.

—¡Qué gran regimiento!—exclamaban los de cabeza huera al observar que las borlitas se movían a compás.

El summum del arte militar se reducía a tales fruslerías; que los fusiles brillasen y cantasen al manejarlos, para lo cual los soldados raspaban las cajas y limpiaban los cañones hasta que, adelgazándolos, reventaban al primer disparo.

En 1841 se mandó llevar unos pantalones famosos. Es lástima ignorar el nombre del inventor. Se hallaban abiertos por detrás para poder aliviarse de una

necesidad sin quitarse el coreaje y la mochila. No tenían más inconveniente sino que era difícil ponerse los botones, fácil que éstos saltasen y que se saliese, como a los chiquillos, el pañal, a manera de cola de pájaro. A bien que tal suciedad se podría ocultar, porque el faldón de la casaquilla que entonces se usaba era tan corto que no llegaba donde concluye la espalda.



Las charreteras o dragonas, que a los militares sin discurso les parecían el prototipo de la belleza, y hasta creían que daban más valor a los soldados, sólo servían de estorbo. De las compañías que llamaban de preferencia, las de granaderos no tenían razón de ser desde que no arrojaban granadas de mano. Los otros soldados del batallón se burlaban de ellos diciendo que eran altos, flacos, falsos, flojos y rompedores de alpargatas. Los llamaban pavos por los plumeros y dragoneras encarnadas que llevaban. Los cazadores las usaban verdes.

El pantalón de lienzo blanco era una mortificación para el soldado: sólo tenía dos, los lavaban, plancha-



ban con una cuchara, algunos no se sentaban por no arrugarlos y se pasaban de pie la noche de guardia por no mancharlos. Mientras los lavaban permanecían sin ellos, expuestos a insolaciones y pulmonías.

Para manifestar que una cosa era igual a otra, decían en el ejército ídem de lienzo, porque en la relación de prendas de los soldados se repetía: pantalones de paño, ídem de lienzo; botines de paño, ídem de lienzo.

Llegó la exageración hasta prohibir al soldado que usase bolsillos. Llevaba en el morrión dinero, tabaco y pañuelo.

La divisa de los capitanes españoles fué una banda roja, que llevaron hasta el siglo XVII, que la convirtieron en la faja que usan los generales actualmente. Esta la vi por primera vez en un retrato de Felipe IV, joven.

En 1709 el bastón servía de insignia en infantería. El coronel lo llevaba con puño de oro; el teniente coronel, de plata; los sargentos mayores y capitanes, con casquillo del referido metal; los ayudantes y tenientes, con puño de marfil; los subtenientes, de madera; los sargentos, liso, y los cabos, una vara. Antes de Felipe V ahorcaban, pero no apaleaban a los soldados. Debe suprimirse el bastón en el Ejército. Estorba. En campaña y en grandes paradas he visto a cornetas de órdenes y asistentes con los bastones de sus generales y jefes metidos en el cañón del fusil o entre el cinturón y el cuerpo, pudiéndoles aplicar el cuento del asistente aragonés que iba siempre cargado con la lanza de un oficial, y si le preguntaban:

«¿Para qué quiere tu amo esa arma?», contestaba: «Para jo... robarme.»

Desde 1875 usaban dos charreteras los capitanes: una, a la derecha, los tenientes, y otra, a la izquierda, los subtenientes. Al principio eran de tamaño chico, y en la primera guerra civil, los que la podían comprar casi les llegaban los canalones al codo. En 1841 las usábamos con puente de plata en forma de media luna; el 44 se achicaron y suprimieron las de seda de los sargentos; el 55 gastábamos hombrera de metal, hasta 1864, que desaparecieron las de oficiales, granaderos y cazadores; ahora se engalanan con ella los generales.

La prenda más difícil de encontrar para el soldado es la de cabeza. Debe resguardarle del sol, del agua, de un golpe, poder dormir con ella y servirle de gorra de cuartel. Cuando se generalizaron las armas de fuego, al casco, capacete o morrión substituyó el sombrero. En el siglo XVII le levantaron un ala; en el XVIII lo convirtieron en candil; a fines del mismo siglo lo aplastaron, y después de llevar el sombrero de tres picos en batalla, para que no hiciera sombra, le dieron media vuelta, como ha llegado hasta nosotros. Para que se vea lo que es la moda. Apareció un ejemplar en Tetuán, cuando la guerra de Africa, y, acostumbrado el Ejército al ros y a la leopoldina, soltó la carcajada.

Con la invasión francesa de 1808 vinieron las gorras de pelo y los enormes morriones con carrilleras de metal, colosales plumeros, cordones trenzados y otros desatinos. En la primera guerra civil, durante la acción de Zozorna, los soldados se encasquetaron las gorras de cuartel y tiraron los morriones. La paz trajo otros más ligeros, y por el año 1850 se mandó usar carrilleras y plumero. Sólo la galleta o adorno que llevábamos en lo que nos tapaba la mollera se componía de 17 piezas; las carrilleras, de 67. Si una de ellas se perdía o descomponía mortificaban al soldado y al oficial.

El director de infantería, para cambiar el cubrecazas del soldado en 1855, encargó el modelo a un industrial. Este imitó la gorra escocesa; el general dió su nombre al morrión-ros que, glorificado por la guerra de Africa, es lo mejor que se ha llevado desde el siglo XVII. Debían usarlo los generales siempre, en lugar del antiestético, horrible y extranjero casco. El pueblo llamaba judíos a los generales en Semana Santa. Cuando la cuestión de las Carolinas con Alemania avisaron a los generales no bajaran con casco a la estación del Norte para acompañar a Alfonso XII.

El Emperador Carlos V y el gran duque de Alba; según los retratos de Ticiano, iban como los soldados de su época. Velázquez retrató a Felipe IV con sombrero igual al que llevaban los arcabuceros que hay en el cuadro de la rendición de Breda pintado por tan gran artista. Lo contrario es mojiganga, adefesio, tontería, antiespañolismo.



FÁTIMA DE BENI-ARÓS

(A mi querido y culto amigo
Vicente Valero de Bernabé.)

Fátima de Beni-Arós,
Bellísima Yebalí,
Diera el Profeta de Dios
Su paraíso por tí.

Su famoso yatagán
En Arabia vencedor,
Te diera, con el mejor
Versículo del Korán.

Por calmar su ardiente afán
En tu posesión tranquila,
Mustafá, te diera Arcila
Y el Jalifa, Tetuán.

Que es tan rara tu virtud
Y gentileza de nardo,
Que te diera el rey, el Pardo,
Y el Raisuni, Taxarut.

Te diera un hebreo gemas,
—Idar un hebreo!—y al fin
Diera Axdir con Alhucemas
Por tus gracias Ab-el-Krim.

Tus ojos son dos estrellas
Que Dios arrancó del cielo,
Y hacen soñar con las bellas
Facciones, detrás del velo.

En el oval, blanco y mate
Rostro, son tus risas francas,

Un estuche de granate
Orlado de perlas blancas.

¡Oh, que gentil agarena
Para un poeta español,
Que rimara, con su pena
Y tus gracias, bajo el soll

En la alcoba recatada
El lecho nupcial te viera,
Toda blanca, perfumada,
Y ungida de primavera...

Ven a Madrid agarena,
Mi esposa serás allí,
Reina de una vida llena
De ternuras para tí...

Te he de dar tanta ternura.
Tanta caricia divina,
Que llegue a ser tu hermosura
Para tanto amor, mezquina.

¡Fátima de Beni-Arós,
Bellísima Yebalí
Diera el Profeta de Dios
Su paraíso por tíl

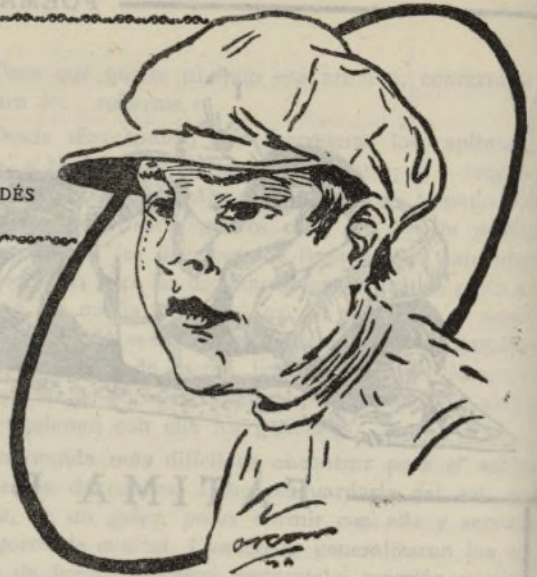
Y por tu amor agarena,
—Yo poeta, que delira
Con tan imposible afán—
Diera con mi triste lira,
Mi espada de capitán.

ADOLFO APONTE

PAGINAS MAESTRAS

POLIFEMO

POR ARMANDO PALACIO VALDÉS



El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente; enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero, aun más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El coronel era tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aun palpitantes. Esto creíamos, al menos, ciegamente todos los chicos que al salir de la escuela íbamos a jugar al parque de San Francisco, en la muy noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones, y cuando no, escuchábamos su voz fragorosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El coronel era sordo también y no podía hablar sino a gritos.

—Voy a comunicarle a usted un secreto—decía a cualquiera que le acompañase en el paseo—. Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo, pero cuando algún amigo se acercaba hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que, cuando tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público: entraba en los dominios exclusivos del coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo del guerrero de Africa. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (a tal hora sólo algunos clérigos acostumbraban pasear por el parque) parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del coronel poseía. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos; viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojar sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse a él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado! ¡No podía-

mos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: —¿Se lo habrá merendado ya?— Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos a la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían de ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras compasadamente, llegando su audacia o su inocencia hasta a hacernos muecas a espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos sobre la flecha de la torre de la catedral.

—¡Gaspaaar!...

El aire vibraba y transmitía aquel bramido a los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamase una sirena.

—¿Qué quiere usted, tío?

Y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía de vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía por el nombre de «Muley», en recuerdo, sin

duda, de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El «Muley», como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro más espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin que el coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcochos, queso y otras golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El «Muley» lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo entre los niños no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano llamado Andrés, que nada podía darle porque nada tenía. Pues bien: las preferencias de «Muley» estaban por él. Los rabotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes a él se consagraban, en menoscabo de los demás. ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba el «Muley» que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro, pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro o a las chapas y se presentaba por allí de improviso el «Muley», ya se sabía, llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobra fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas.

Por eso una tarde, con osadía increíble, se llevó a presencia nuestra el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El «Muley» parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el coronel aun no se había ido del paseo ni advirtió la desertión de su perro.

Repitieron una tarde y otra las escapatorias. La amistad de Andresito y «Muley» se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por el «Muley». Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aun no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse el «Muley» a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía, en uno de los corredores, al lado



del cuarto de éste, en un jergón fementido de hoja de maíz. Una tarde condujo el perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado! No había sentido en su vida otras caricias que las del «Muley». Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos novios. Allá al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa:

—Mira, «Muley»—dijo en voz baja, mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas lo soltó. el «Muley» corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque, dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche y la siguiente y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos:

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópica del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final:

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable...?

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos de otro. El «Muley», que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo—repitió el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú!—dijo el coronel, sonriendo ferozmente—. ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es?—volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere—dijo el niño con voz firme.

El coronel volvió a mirarle fijamente.

—Está bien—dijo al cabo—. ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleses! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo, volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar al perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? ¡No llores, hijo mío!

—Porque le quiero mucho..., porque es el único que me quiere en el mundo—gimió Andrés.

—¿Pues de quién eres hijo?—preguntó el coronel, sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo?—gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que lo hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo, volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras.

Dios me perdone, pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.

MÁXIMAS

La adulación es una moneda falsa que sólo circula por nuestra vanidad.

No basta tener grandes cualidades; se necesita saberlas economizar.

Por muy brillante que sea una acción; no debe pasar por grande cuando no es el efecto de un designio.

Debe haber cierta proposición entre las acciones y los designios, si se quiere sacar de éstos todos los efectos que aquéllas pueden producir.

El arte de saber aprovechar bien cualidades mediocres quita la estimación y da con frecuencia más reputación que el verdadero mérito.

Hay una infinidad de conductas que parecen ridículas y cuyas ocultas razones son muy sabias y muy sólidas.

Más fácil es parecer digno de los cargos que no se tienen que de los que se ejercen.

Nuestro mérito nos atrae la estimación de las gentes honradas, y nuestra suerte la del público.



FIGURAS HISTÓRICAS DE LA ARMADA ESPAÑOLA



MÉNDEZ NUÑEZ Y SU CENTENARIO

Un espléndido día del año 1883 presencié el pueblo de Vigo un espectáculo enorgullecido. Hallábase en la bahía una poderosa escuadra inglesa. Entre sus mástiles de hierro se erguía la telaraña de la arboladura de nuestra velera fragata *Lealtad*. El mar apenas se rizaba al empuje de un suave viento del Noroeste, el típico y simpático «vento mareiro», de las costas de Galicia, que comparecía, dulzón y respetuoso, a tomar su parte en la tributación de un homenaje.

Del otro lado de la ría surgió la humareda de unas docenas de lanchas de vapor que hicieron rumbo al bello puerto. Tronaron los cañones españoles y extranjeros. Dobló a muerto la campanita de la capilla del Con, que dormirá al pie de la mole morena del Jaján. La secundaron los bronces de Santa María y San Francisco. Y ante las armas de las tripulaciones de los navíos milicianos, tocaron por última vez la tierra de su pueblo natal los restos de aquel marino heroico, gloria de su Patria y gala de la historia militar de todo el mundo que se llamó don Casto Méndez Núñez.

Inglaterra se asoció a aquel solemnisimo acto fúnebre porque Inglaterra, por boca de sus críticos y de sus marinos más ilustres, había dicho que Méndez Núñez era una de las figuras de más relieve, una de las más abultadas personalidades que pasaron a la historia universal. Fijáos bien: ¡a la historia universal!

Pero; ¿quién era Méndez Núñez? ¿Qué hizo Méndez Núñez? ¿Era justo aquel homenaje a las cenizas del arráez de la *Numancia*? ¿Se excedieron en el elogio los ingleses? ¿Realizó España una obra de justicia llevando sus cenizas al panteón de marinos ilustres, tesoro inestimable de la isleta que decora y poetiza la bella bahía gaditana?

Méndez Núñez solo vivió cuarenta y cinco años. No pereció, como dijo algún fantástico escritor, en el combate, sino en Vigo, agotado prematuramente por los afanes de la guerra: por las penalidades de la lucha y las preocupaciones por la Patria. Y en ochenta y cuatro meses nada más—y no mido el tiempo de otro modo por que aún expresado en esa forma me parece demasiado estrecho para contener tanta grandeza—galopó por la escala jerárquica desde teniente de navío a teniente general.

No, no escribí lo que debía. No fué, no quiso ser teniente general D. Casto Méndez Núñez. Cuando la Patria, agradecida, se propuso volcar sobre su gloria la altísima merced, él, modesto, generoso, sin duda tan heroico en la paz, éticamente, como lo había sido en el terreno militar, detuvo, irreductible, el brazo de la Patria.

—Para servirte—la dijo—no necesito nuevos honores. Ese sería un pago anticipado y lo rehusó. El día que haya hecho nuevamente lo que yo creo que debe hacerse por tí, serás libre de otorgarme una nueva recompensa. Ahora la rechazo.

Y se encerró en su negativa y no fué teniente general el héroe de las famosas jornadas del Pacífico.

No fué la aventura del Callao acaso la de más esencia épica del arrojadísimo marino. Pero su nombre no puede sonar sin que surja inmediatamente el del teatro de aquella nota histórica.

¿Recordáis cómo aconteció lo del Callao? Méndez Núñez, entre la expectación del mundo entero, acababa de realizar la hazaña náutica de cruzar el Atlántico y pasar el estrecho de Magallanes con el primer buque blindado y de alto tonelaje que acometió la difícil aventura. La muerte de Parejo, el almirante, le había dado la jefatura provisional de la flota del Pacífico. Hallábanse en



D. CASTO MÉNDEZ NUÑEZ

pugna con España, Chile y el Perú. Méndez Núñez recibió la orden de exigirles explicaciones. Las negaron aquellos países donde a veces volvía a hacerse llama el rescoldo de la explosión de odios, acaso mal fundados, que había roto el lazo que ligaba al conquistador con la conquista.

Tuvo el almirante español que confiar la reparación a la fuerza de las armas. Y después de un combate, que no tuvo consecuencias, contra las dos flotas enemigas, se halló sin carbón ni víveres, con las tripulaciones fatigadas por una permanencia de dos años dentro de los buques, frente a Valparaíso.

Carecía de grandes medios de defensa la ciudad chilena, y para imposibilitar la reparación que España demandaba, los almirantes inglés y norteamericano interpusieron sus monitores entre la plaza y nuestros buques. Y amenazaron disparar contra las frágiles naves españolas.

Fué entonces cuando Méndez Núñez profirió su frase célebre, acogida en todo el mundo, con todos los honores, por los libros de la historia. El gobierno, le reina y él preferían honra sin barcos a barcos sin honra. Mandó hacer fuego, y Valparaíso, debelado, tuvo que rendir su pabellón ante el tronido de los cañones españoles.

Pero ésto, que cohibidos ante la decisión de Méndez Núñez, los almirantes intrusos fué una rápida y facilísima victoria, no podía satisfacer a quien poseía el don del heroísmo; y la escuadra marchó sobre el Callao.

Era plaza fortísima el Callao: la defendían noventa cañones, capaces algunos de arrojar proyectiles de quinientas libras. Sus baterías eran como una mortífera barrera de metralla.

Méndez Núñez intimó la rendición a la plaza peruana, y como ésta contestase con el desprecio, rompió el fuego sobre ella. Por la mañana comenzó el combate. A las cinco de la tarde habían enmudecido las piezas enemigas. Dos buques españoles estaban fuera de combate y más de cuarenta muertos y de ochenta heridos, entre ellos Méndez Núñez, testimoniaban de lo reñido y temerario de la lucha; pero el orgullo de los peruanos quedaba abatido y sus famosas baterías tan maltrechas como aquél.

Entonces la escuadra pudo regresar a España, trayendo todo su equipaje la satisfacción de haber puesto el honor nacional altísimo en una contienda en mares inhóspitos, a miles de leguas de las costas de la patria, en ocasiones sin elementos para la navegación y para la subsistencia, y jamás

con las comodidades con que se realizan muchas de las peleas de estos tiempos.

Méndez Núñez aún fué desde allí a Filipinas, siempre dispuesto, más que a oír la loa de sus hechos, a seguir forjando la cadena de sus sacrificios por la patria, aquellos inolvidables sacrificios del cuerpo y del espíritu que tan antes de tiempo, en lo más jugoso de la vida, habían de traer sus restos a descansar bajo la tierra, a la sombra de los muros de la poética capillita del Con, solar de sus mayores, hombres de armas también, denodados y altivos militares, regadores generosos de los campos de batalla.

No eran Dioses y eran más que hombres. Así concebían a los héroes los antiguos. Así tenemos que concebir a Méndez Núñez. Fué su característica la traza varonil. Y de «varón» procede, por derivaciones de fonética, la palabra que califica al ser excepcional de quien emana el heroísmo.

Varonil fué todo en Méndez Núñez. Niño aún, a los trece años, se anticipa a su edad en la conciencia del deber y se arroja al mar de la bahía de Vigo y lucha con las olas hasta salvar a dos criaturas como él que estaban en trance de morir.

«Tú serás un grande hombre», le dijo entonces, con profética palabra, el capitán de un buque que se hallaba en aquel puerto. Lo era ya aquel jovenzuelo en quien todo había de ser prematuro, desde su primer ascenso por méritos de guerra—para el cual se le dispensó parte de la edad—hasta la misma muerte.

En el heroísmo de Méndez Núñez se confunden, se compenetrán la abnegación premeditada con las sublimes inspiraciones del momento. Fué un gran audaz, pero lo fué porque profesaba la religión del arriscamiento por la Patria. Se entregaba a ésta con el valor sereno de un pensador y de un consagrado; mas ella era también un ideal que encendía en su imaginación fulguraciones de maravilla y de milagro. El yunque estaba siempre atento a la labor; pero en el momento necesario sus chispas eran volcán y llamarada.

Recordemos su hazaña de 1861 en Mindanao. Comandaba el vapor *Narváez*, cooperando con las tropas de tierra en las operaciones contra los piratas de la isla, que eran dueños, orillamar, de una fortaleza inexpugnable. Flaquearon los que asediaban por la playa, indecisos, maltrechos, desmoralizados frente a los muros enemigos. Iba a sufrir España—¡el sagrado ideal!—una derrota. Méndez Núñez juzgó llegada la hora de jugarse el todo por el todo. Puso a toda marcha su vapor

y arremetió contra la fortaleza. Sobre el fango se deslizó la quilla del *Narváez*; y el bauprés llegó a meterse por una de las troneras enemigas. No habían salido aún de su asombro los piratas cuando por aquella bastida improvisada penetraban en el mortífero recinto los fusileros españoles. Sus gritos de triunfo demostraron enseguida la eficacia de la salvadora y magnífica inspiración de Méndez Núñez.

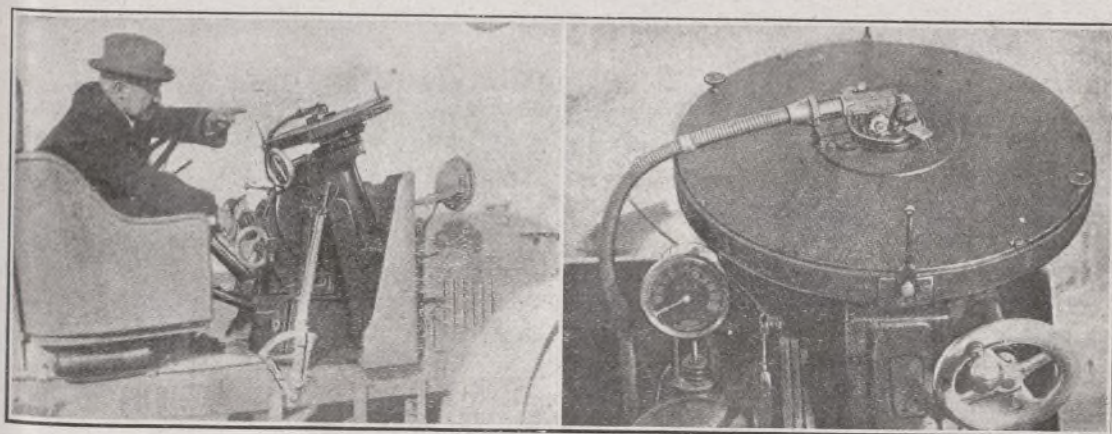
Ya antes, en Montevideo, cuando el tirano Rosas infundía pavor a los espíritus más fuertes, había medido con la de él su valentía. Mandaba Méndez Núñez el buque *Volador*. Al costado de éste llegaron, perseguidos por los esbirros de Rosas, unos pobres españoles. Franqueóles el portalón nuestro marino. Y cuando la soldadesca del tirano quiso irrumpir a bordo, desenvainó su acero y se interpuso entre perseguidores y perseguidos. «El primero que se atreva a poner la mano sobre un español—clamó, tremante por la ira, caerá atravesado por mi espada.» Nadie se atrevió a dar un paso más. El arrojo, acaso temerario—sin duda porque la temeridad era indispensable en el momento—salvó la vida de aquellos desgraciados, cuyos antecedentes no tenía para qué averiguar, en tal ocasión, el comandante de la nave. Esta era española y ellos ¡también eran españoles!

En Fernando Póo, en Filipinas, en el Río de la Plata, en el Pacífico, en las procelosas aguas del Cabo de Hornos, en el peligroso paso de Maga-

llanes, Méndez Núñez fué siempre la encarnación del héroe español de las leyendas, con todas sus virtudes y sin ninguno de nuestros defectos seculares. Fué un gran guerrero impulsivo, pero fué también un gran táctico, sereno y avisado. Fué un celoso guardador de los intereses confiados a su valor y a su pericia. No dilapidó como muchos grandes capitanes. Un solo derroche hay que llevar a su capítulo de culpas: el derroche de su vida, dada despacio, largamente, friamente, sin reservas, sin miras de compensación, sin ningún dolor de sí mismo, por el triunfo de los ideales de su Patria, que en sus días no se había resignado todavía a olvidar aquella frase—que hoyes un sarcasmo—que estereotipa la extensión de nuestro imperio: siempre doraba el sol el árbol y los frutos y la amada bandera y el brillo de nuestras armas vencedoras sobre los campos españoles.

Abrid las crónicas de todas las grandes epopeyas y buscad allí un caudillo que haya superado en virtudes a nuestro marino Méndez Núñez. Poned para ello todo el ecticismo y toda la frialdad, y hasta todo el desdén de que seáis capaces, en el alma escrutadora. La justicia os la iluminará, aunque hayáis querido sembrarla de dudas, que son sombras. Los ingleses—grandes juzgadores de pueblos—no se equivocaron. Méndez Núñez es una de las más grandes figuras que llenaron, que llenan y que llenarán eternamente con sus hechos de guerrero y de perfecto varón la historia universal.

JAIME SOLA.



MAQUINAS EXTRAÑAS DE GUERRA

Ametralladora de fuerza centrífuga ensayada en los Estados Unidos. En esta máquina el proyectil colocado en la circunferencia de una rueda que gira con velocidad enorme, es despedida sin necesidad de carga de pólvora, con tal fuerza que ocasiona heridas de la misma manera que si fuese lanzado por el cañón de un fusil.—La instalación ante el conductor que dispone los órganos de orientación para enfocar el objetivo.—Vista de la ametralladora. En el centro un tubo flexible provee de municiones al aparato. El volante de la derecha sirve para apuntar el aparato durante el tiroteo.

DEL CAPITULO
DE
INVENTOS
—
UN GAS
ININFLAMABLE
PARA LOS
DIRIGIBLES
—
EL HELIUM
HIJO DEL RADIO



En 1894, el químico inglés W. Ramsay descubrió una misteriosa raya en el espectro de un gas que más tarde, reconocido como radio activo, permitió precisar a Curie y Bemont, las extraordinarias fases del nacimiento del nuevo gas. Monreux y Lepape en su laboratorio estudiando sus propiedades

¡El helium! ¿Por qué este nombre, sacado del que los griegos daban al sol? Es que este gas fué descubierto en el Sol antes que su presencia hubiera sido comprobada en la Tierra.

Esta singular manera de aparecer este nuevo cuerpo a los sabios, que le andaban estudiando hacía cerca de treinta años, hizo que tuviera esta designación.

Mezclado al aire que todos respiramos, el helium fantástico comenzaba a entrar en lucha con los físicos y los químicos, y la historia de estos combates, que aún continúan hoy, es una serie ininterrumpida de apasionadas aventuras.

Calificado en los primeros años de su descubrimiento de gas raro (mil litros de aire contienen solamente un dedal de coser), el helium es ahora producido a razón de muchos cientos de metros cúbicos por día.

Visto en el Sol, captado en la Tierra por una temperatura de 270° por encima del cero, tiene una particularidad que le hace interesante, y es que está íntimamente ligado a la navegación aérea por dirigible.

En un medio siglo, desde su aparición en la cromósfera solar, el helium ha realizado una extraordinaria y única carrera.

El espectro desconocido.

El 18 de agosto de 1868, con motivo de un eclipse solar, Janssen enfocó su espectroscopio hacia el astro alado. Se servía de este instrumento, hacía poco tiempo inventado, que descomponía los rayos luminosos al ser recogidos en un «espectro» coloreado, pequeña banda cortada por rayas más o menos brillantes, más o menos espaciadas, cuya disposición y brillo re-

velaban los elementos que constituían la fuente luminosa.

Y aquel día, en la pequeña placa de vidrio del espectroscopio se le apareció al astrónomo francés una nueva raya, de un amarillo magnífico. Constituyó esta raya, para los sabios, la prueba indudable de la presencia en el Sol de un cuerpo todavía desconocido en la Tierra.

Fué en 1894 cuando, sin buscarlo, encontró un químico inglés, W. Ramsay, la misteriosa raya en el espectro de un gas que más tarde fué reconocido como radioactivo.

Un año después fué probada la existencia del helium en el aire, aunque en una dosis infinitesimal.

La rara raya había entregado su secreto; desde entonces ella sirvió para descubrir la presencia del nuevo gas, y hoy, gracias a los aparatos perfeccionados, ella aparece desde que se encuentra presente una millonésima de centímetro cúbico de helium, es decir, un volumen de gas cuyo peso no llega a la quinta millonésima parte de un gramo.

La preparación por Curie y Bemont de las primeras sales de radio permitió precisar las extraordinarias fases del nacimiento del nuevo gas.

A 20.000 kilómetros por segundo.

Lo mismo que las casas están construídas por ladrillos, se sabe que los cuerpos están compuestos de átomos. Estos edificios de ladrillos infinitesimales, establecidos en la mayoría de los cuerpos, son el asiento, para el radio, de una increíble agitación: los átomos explotan por millones a cada segundo, y su ex-

Ciento treinta y seis millones de estas partículas materiales son proyectadas en un miligramo de radio a cada segundo. Estas partículas *alfa* no son más que una nube de átomos de un gas nuevo en vuelo rápido, lanzados por la substancia radioactiva con una velocidad de ¡20.000 kilómetros por segundo!

En 1903, examinando dos sabios ingleses, Ramsay y Soddy, una pequeñísima cantidad de este gas, penosamente recogido, reconocieron con emoción la famosa raya amarilla, símbolo del helium... La partícula *alfa* era, pues, un átomo del helium, que se revelaba, por consecuencia, como uno de los últimos productos de la desintegración de los elementos radioactivos. La desintegración se traduce en un torpedeamiento del cual se conocen sus maravillosas propiedades.

Entre estos pedazos de átomos expulsados por el radio durante sus diversas transformaciones, los más interesantes son los rayos que se denominan «*alfa*» activos. Engendrado en el curso de los siglos por estos elementos, el helium debía encontrarse en todos los minerales radioactivos, cuya combustión o disolución le permitieran escaparse al aire.

Así fué conocida, desde entonces, la fuente original del helium.

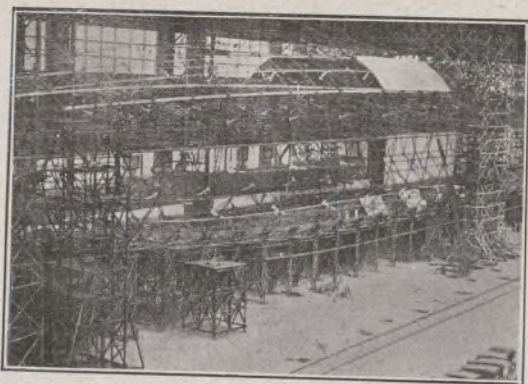
Ya en posesión de una cantidad grande de helium, muchos sabios estudiaron sus propiedades. Este gas, el más ligero después del hidrógeno, resistió durante mucho tiempo a todos los esfuerzos hechos para volverle líquido mediante un frío extremo y una alta presión.

En 1908, en fin, un sabio holandés, Kammerling Onnes, logró reducirle al estado líquido en una temperatura de 270 grados. Así reducido, entregó el helium todos sus secretos. De un poder ascensional de un 92 por 100 más que el del hidrógeno, enteramente ininflamable y difundiéndose poco a través del tisú que se emplea corrientemente en la confección de los globos, el helium reemplazó pronto al hidrógeno, cuya combustibilidad había causado tantos desastres.

Desde que el helium fué encontrado en el aire se buscó en los diversos gases naturales, en particular en los gases de los manantiales termales. Creado, en efecto, por la demolición atómica de los cuerpos radioactivos de la corteza terrestre, este gas, helium fósil o contemporáneo, debía proceder de pozos naturales para reunirse en la atmósfera. Las investigaciones efectuadas mostraron que los gases ricos en helium se concentraban geográficamente en la Meseta



ARMADURA DEL CASCO DE UN DIRIGIBLE.—La armadura de metal, una vez terminada, es recubierta de tisú finísimo impregnado de caucho, que la dividen en cámaras aisladas entre sí. La pérdida de helio a través de estos tisús, es muy poca, viene a representar la mitad que la del hidrógeno, habitualmente empleado.



La armadura de un dirigible preparado para ensayar el helio Central, los Vosgos, los Pirineos y en la región del Norte. Mientras que algunas fuentes europeas suministraban sólo algunos millares de metros cúbicos por

año, los gases naturales americanos podían producir más de 30.000 metros cúbicos por día. Inmensos laboratorios fueron construidos para extraer el helio, bien de gases subterráneos, bien del aire, por un procedimiento sencillísimo e ingenioso.

La industria del helio, aparte de la utilización que tenga algún día en las lámparas de tres electrodos—proyecto que está en estudio—, depende principalmente del desarrollo del dirigible.

Desgraciadamente, su precio es elevado (más de 20 pesetas el metro cúbico) y no permite se utilice en otros usos o industrias. Si este precioso gas pudiera ser extraído algún día de nuevas y más abundantes fuentes, su utilización será verdaderamente práctica.

DON JOSE LUQUE BELTRAN

Muy triste es para nosotros el dar cuenta del fallecimiento del prestigioso Capitán Médico, Don José Luque Beltrán. Podemos decir, con noble orgullo, que perteneció a esta publicación, ligado por vínculos afectivos que no podremos olvidar nunca. Su palabra llena de enseñanza, su ánimo siempre cariñosísimo, su peculiar bondad, labraron, no pocas veces, un hondo surco de voluntad y de entusiasmo en nuestros propósitos. Muchos días, en esa hora en que nos encontramos un poco caídos, fué él quien avivó nuestro entusiasmo, quemando leños de cordial amistad en la llama de nuestro corazón.

ARMAS Y LETRAS siente hoy el luto con íntimo dolor. Se fué un amigo leal y bueno. ¡Con él se van tantos días de camaradería franca y confortadora!...



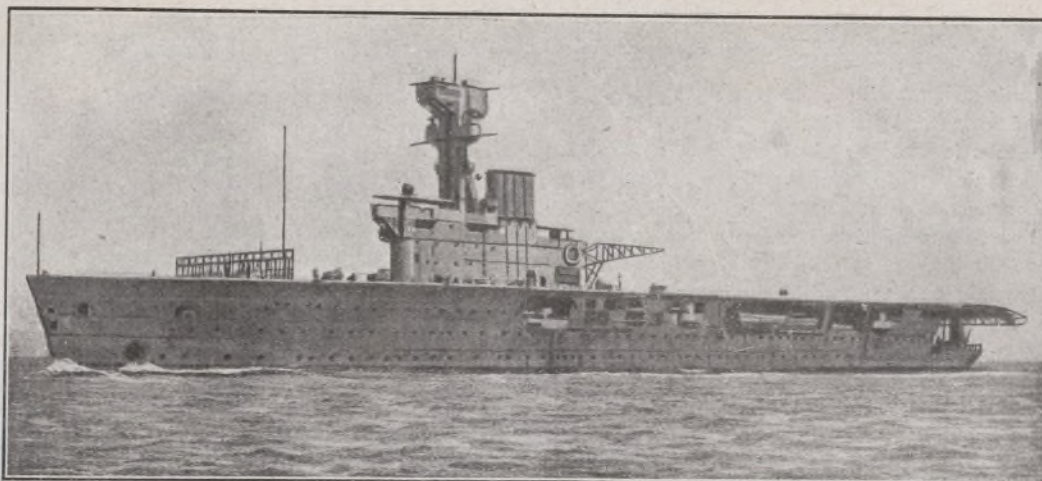
A este carácter de ejemplar bondad, unía el Capitán Don José Luque una inteligencia honda y laboriosa y una cultura amplia y sólida.

En el Ejército gozaba de merecidísima reputación y cuantos le trataron, lo mismo superiores que subordinados, le profesaban un cariño sin límites.

Su carrera de Armas ha sido brillante, aunque cortada en flor. Estuvo en la campaña de África, en donde sus servicios tanto como su ciencia médica colaboraron de nodadamente en la labor del protectorado.

Ultimamente estaba destinado en el Instituto de Higiene Militar, en donde dejará un vacío nada fácil de llenar.

ARMAS Y LETRAS llora la muerte del amigo y envía su más sentido pésame a la familia.



EL NAVIO DE GUERRA PORTA-AVIONES

Es un hecho reconocido que el papel que juega el avión en el mar ha venido a ser muy importante y un elemento precioso para los servicios de patrulla y reconocimiento alrededor de la armada naval. Su velocidad y su radio de acción le permitirá cubrir rápidamente la superficie de mar que le distancie del enemigo y dar indicaciones precisas al almirante de su escuadra de la fuerza que ha de desarrollar su adversario, para disponer la flota en favorables condiciones de combate.

En éste toma el avión parte muy activa. Armado para el bombardeo, puede dejar caer sobre los barcos enemigos bombas, cuyo poder ha venido a ser considerable (llegan algunas a 1.000 kilos de explosivo) y que obrarán mortalmente si explotan, no solamente al contacto, sino también en bastante distancia alrededor del barco.

También, armado de uno o dos torpedos automóviles Whitehead, puede operar a la manera de un torpedero aéreo.

En fin, gracias a los aparatos de telegrafía sin hilos, que también lleva, puede hacer grandes servicios como observador de puntos de caída de los proyectiles lanzados por los cañones, y servirá, sobre todo, como un admirable órgano de reglaje del tiro.

Llega en esta materia a solucionar el problema difícil en que se encuentran los oficiales directores o comandantes de puestos de artillería de los navíos de guerra, para asegurar un tiro eficaz en blancos colocados a más de 20.000 metros, es decir, casi absolutamente invisibles, teniendo en cuenta, por otra parte, que se desplaza a velocidades aproximadas de 45 kilómetros a la hora, o sea 750 metros por segundo.

El almirante americano Gleaves, especialista aviador, cita una experiencia en que un avión ha logrado que el acorazado *Tennese*, abriendo el fuego a 32.000 metros, destruya el blanco a los 30.000 metros al tercer tiro.

El almirante, que no pretende, desde luego, rebasar la importancia de la aviación naval, quiere también no exagerarla o aumentarla demasiado, por estimar que si sirve para bombardeos en circunstancias favorables, no es, en cambio, capaz de defender una costa o un puerto. Al avión se le considera como un auxiliar precioso, cuya sola presencia aumenta notablemente el valor de una flota delante del enemigo.

En la actualidad, nos encontramos en el período de tentativas y de estudios a este objeto. Se ha pensado (sobre todo en la marina americana) que cada acorazado lleve un número de aviones suficientes para asegurar los diversos y preciosos servicios que pueden rendir, y se realizan ensayos sobre la estructura de la cubierta de un barco especial para recibir a los aviones. Es evidente que el avión no puede reposar en el puente del acorazado, sino que tiene que ser recogido por un navío hecho a propósito o porta-aviones.

Para el lanzamiento, han sido provistos los acorazados americanos de un aparato especial, a manera de una estrecha plataforma horizontal, donde se coloca el avión, que es violentamente arrojado por un sistema de resortes.

Es una especie de catapulta, cuyo funcionamiento está indicado en el grabado. Otro proyecto es el de la construcción de navíos porta-aviones, que lleven los aparatos precisos para ejecutar las órdenes del almirante de la escuadra. Estos navíos tendrán como un campo de aterrizaje, que permitirá tomar el vuelo a los aviones y volver a ellos para su resguardo. Este verdadero campo de aterrizaje no es más que un vasto puente completamente desprovisto de utensilios y de palos. Ya en la última guerra se sintió la necesidad de reunir a las fuerzas navales, navíos de este género, y así se habilitaron para ello algunos barcos expresamente escogidos.

La importancia de los navíos porta-aviones ha sido rápidamente afirmada y ha merecido los honores de

hacerla mención en el Tratado de Washington, donde se les define y limita su tonelaje.

«Los porta-aviones—dice el capítulo IV del acuerdo—deben tener un desplazamiento de 10.000 a 27.000 toneladas, con facultad de admitir 33.000 toneladas en el caso de haberse utilizado para este uso barcos ya contruidos para acorazados de línea.»

El calibre de sus cañones, como para los de los cruceros, está limitado a 20 cm. Queda estipulado también el tonelaje total de los porta-aviones en cada escuadra: Inglaterra puede tener 135.000 toneladas; Francia, 60.000; los Estados Unidos, 135.000, y el Japón, 81.000. Inglaterra y los Estados Unidos han poseído, durante la guerra, varios barcos utilizados como porta-aviones (Aircraft-Carriers), generalmente vapores de servicio en la Mancha. Actualmente Inglaterra posee cinco navíos de este género, de los cuales uno, el *Hermes*, ha sido construido especialmente para este objeto. El *Eagle* y el *Furious*, antiguo crucero, con el *Hermes*, constituyen tres buenas unidades para el objeto propuesto. Sus desplazamientos y velocidades son, respectivamente, de 11.000 toneladas y de 25 nudos el *Hermes*; 22.700 toneladas y 25 nudos el *Eagle*, y 19.000 toneladas y 31 nudos el *Furious* (actualmente en reconstrucción). Los Estados Unidos poseen el *Langley*, antiguo cargo, y un navío carbonero, transformados los dos en porta-aviones.

Pero se han añadido dos grandes cruceros de batalla de 43.000 toneladas, el *Lexington* y el *Saratoga*, cuyas reconstrucciones se han hecho con arreglo al Tratado de Washington.

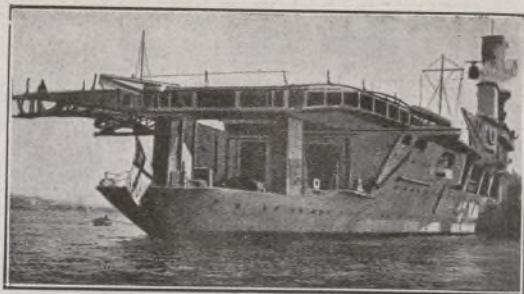
La marina japonesa sigue la misma política. Transformarán en porta-aviones dos cruceros de batalla de 43.000 toneladas.

En Francia existe el pequeño crucero *Bapaume*, de 800 toneladas, a bordo del cual pueden tener plaza cuatro aviones, pero no tiene medios de lanzamiento y de aterrizaje. Actualmente tiene en astillero el *Bearn*, acorazado de 25.000 toneladas, que se ha de transformar en porta-avión, siguiendo las reglas prácticas que hasta ahora se han recogido en este nuevo medio de defensa y ataque naval.

Para dar una pequeña idea de la estructura de es-



Lanzamiento de un avión por catapulta desde un acorazado americano.



Vista de la popa del *Hermes*, primer navío inglés porta-aviones que se ha construido para este fin. En la parte alta se ve la catapulta para el lanzamiento del avión al espacio.

tos porta-aviones, reseñaremos las principales características de uno de ellos, del *Hermes*, inglés, que ha sido el primero que se construyó para este fin determinado: su largo es de 200 metros y su desplazamiento de 10.950 toneladas. El ancho del puente de lanzamiento es de 27 metros, aunque la obra inferior es de 21. Su casco está dotado de artefactos protectores contra la explosión de los torpedos. Lleva como armamento seis cañones de 11 cm. y algunos cañones antiaéreos.

El puente de aterrizaje está completamente desprovisto de todo material. Sólo hay en él un pequeño espacio, a uno de los costados, llamado *isla*, en que van reunidas, reduciendo lo más posible su superficie, la chimenea, la grúa, la pasarela con los fuegos de navegación y el mástil de la T. S. F. A bordo de este navío no se encuentra en el puente ningún obstáculo. En la trasera o popa lleva un aparato o catapulta para lanzar los aviones.

La parte inferior del puente sirve de hänger para los aparatos. Ascensores y carriles los hacen transportar de uno a otro lado.

Para facilitar el aterrizaje, el piloto lanza un gancho que lleva suspendido del fuselaje, que se enreda pronto en una serie de cables de hierro que cruzan el puente a lo largo y a través. Al tocar las ruedas del avión con el puente, por efecto de los cables transversales y de los contrapesos disminuye rápidamente su velocidad, permitiendo su recogida. Un minuto es suficiente para desprender al avión de los cables de aterrizaje y guardarle en el hänger.

Las dificultades que se encuentran para el vuelo y aterrizaje en estos porta-aviones es cuando el tiempo está borrascoso y la mar gruesa. Es imposible en estas ocasiones intentar nada y es el punto que ha venido preocupando más a los técnicos de esta especial construcción.

Puede decirse que el problema del mejor porta-avión, teniendo en cuenta estas dificultades, está en estudio. Cuanto mayor sea el desplazamiento, será mayor también su estabilidad contra el embate de las olas; pero como obra grande y de mucha superficie, más blanco presenta y es más vulnerable a los ataques de los submarinos y de los mismos aviones.

LOS CABALLEROS DEL AIRE

En la hoja de servicios heroicos prestados por nuestros aviadores en Marruecos, hay que agregar una nueva hazaña. Estos heroísmos de los aviadores, tienen una magnificencia de gesta jamás igualada, acaso porque tienen lugar más cerca del cielo. Nuestros caballeros del aire han realizado ya muchos hechos dignos de cuadro de honor. En breves años los aviadores españoles han puesto su corazón al servicio de la Patria, hasta el punto de que ya esta Arma tiene su historial tan glorioso como las demás del Ejército. Los hombres pájaros tienden su vuelo y las alas van trazando una sombra de gloria. Periscopio del Ejército, ojo que observa y persigue al enemigo, la eficacia de la Aviación en Marruecos es manifiesta y del arrojo de los aviadores, habla con voz fuerte estos continuados heroísmos que van haciendo sagrado el aire, como en tierra los soldados hacen sagrado el suelo. Ni el peligro inaudito que les rodea, ni la soledad en que se encuentran a miles de metros de los demás compañeros, nada detiene a la valiente bandada que remonta el espacio con majestad de águilas y vuelan sobre el enemigo trazando círculos de muerte, llevando entre las nubes la tormenta de fuego que vela por el honor de España. Caballeros del aire, heroicos Caballeros del aire que como errantes guerreros del espacio sideral cruzan en raudo vuelo, con la melena de leones de España tendida al viento y el corazón ardido llevado en alas del heroísmo.

Actualmente nuestra aviación está represen-

tada en Marruecos por los siguientes aviadores, todos ellos pilotos meritorios y valerosos militares.

Sbarbi, Bellod, Sartorio, Alfonso Borbón, Burguete, Camacho, Garnica, Munáiz, Carrillo, Orduna, García Muñoz, Ruano, Cadarso, Barrón, Paredes, Merino, Valle, Guerra, Pardo, Botana, Ansaldo.

Este último es quien acaba de realizar una bella hazaña. Volaba sobre

Aydir en el «raid» sobre los dominios de Ad-el-Krim que nuestra escuadrilla ha efectuado al objeto de observar y bombardear dicho poblado, en donde se descubrieron señales inequívocas de instalación de hangares--¿Para aparatos rifeños?—Más de quinientas bombas habían dejado caer nuestros aviadores. De pronto una bala subió hasta el aparato del Sr. Ansaldo y entrando por el talón del piloto le salió por la rodilla. Ni el dolor, ni la situación comprometida, fueron suficientes para abatir al bravo caballero del aire. Siguió firme en su puesto y cuando, de regreso, aterrizó en nuestras posiciones, se enteraron sus compañeros de la herida sufrida. Y ante el asombro admirativo de todos, el héroe opuso una sonrisa de mo-



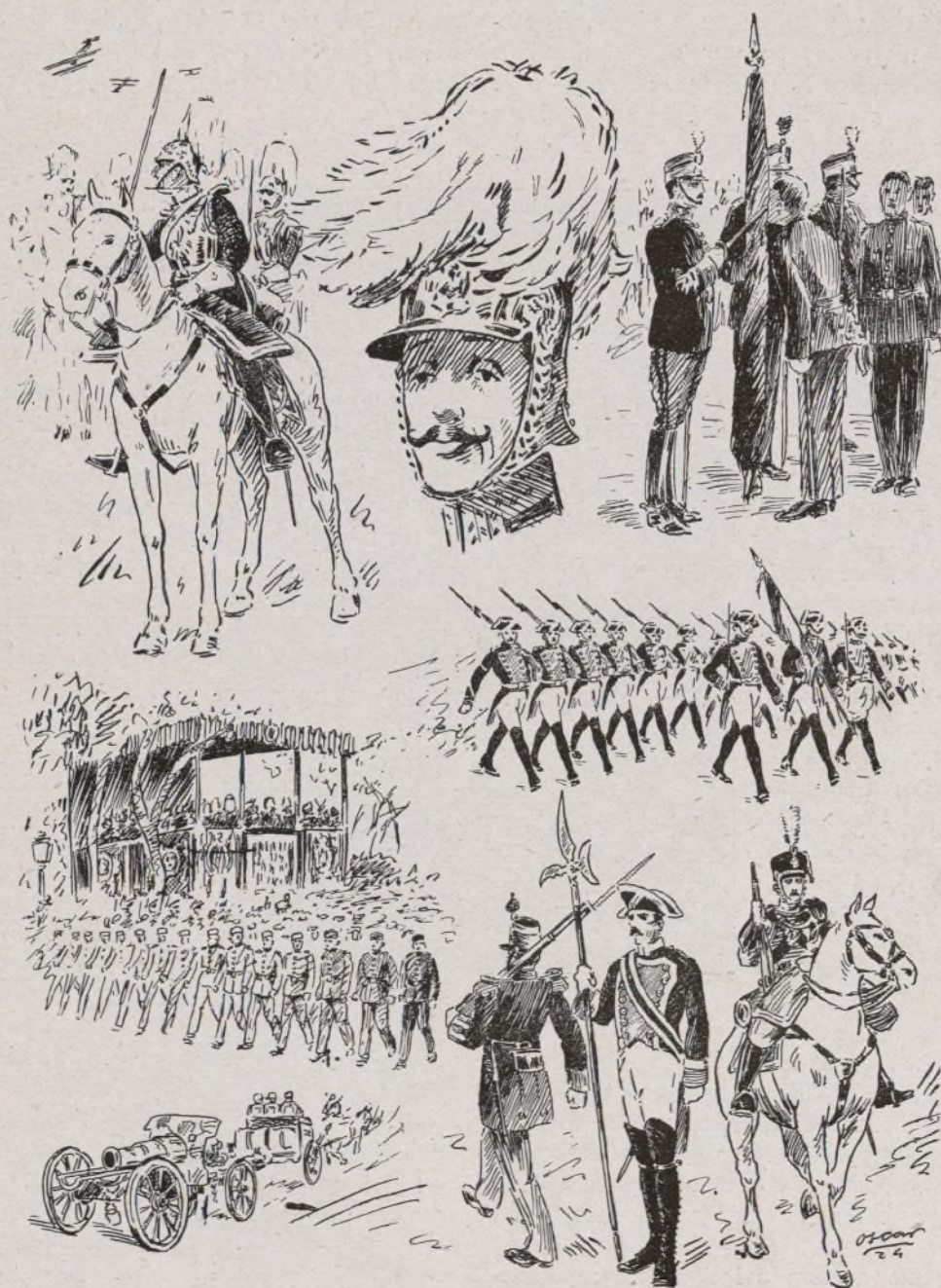
El bizarro aviador Sr. Ansaldo, que a pesar de haber sido dolorosamente herido, siguió tenaz en su aparato bombardeando al enemigo.

destia y este comentario:

—No he hecho sino lo que debía. Estamos juramentados para no dejar volar a nadie. El primer día que tratara de remontarse sobre este territorio un aparato que no fuera de los nuestros, cualquiera de nosotros, el que tuviera la honra de encontrárselo, se iría de «cabezota» contra él.

LA JURA DE LA BANDERA EN MADRID

Apuntes del natural (POR OSCAR)



LOS NUEVOS SOLDADOS DE LA PATRIA

Años luego de no celebrarse públicamente el acto de la jura de la Bandera, se celebró este año en el Paseo de la Castellana. La esplendidez del día dió marco de realce, y el pueblo prestó su concurso de entusiasmo presenciando el desfile y vitoreando a S.S. M.M. y a los soldados.

La organización fué perfecta. Las tropas de la guarnición y de los cantones formaron a lo largo del paseo, dando frente al altar.

Luego de la misa se agruparon las las banderas en el centro del paseo y los reclutas fueron pasando ante la enseña nacional y besándola, en pacto de cariño y lealtad. El momento tuvo una gran emoción y no pocos en vano podían disimular su sentimiento de alegría.

La jura de la Bandera resultó un acto de afirmación nacional. Pocos momentos tan hermosos de idea y



S.S. M. el Rey y el Presidente del Directorio, contemplan el desfile de los reclutas, los nuevos soldados de la Patria, que marchan airoso, con la gallardía moza y el orgullo de sentirse contemplados por el Monarca y el pueblo que llena los andenes del Paseo de la Castellana



simbolismo, como esta ocasión de jurar a Dios y prometer al Rey servir fielmente a la patria hasta dar por ella la última gota de sangre, si necesario fuese.

El pueblo de Madrid, sin distinción de clases ni ideas, acudió a presenciar el acto, aclamó a los nuevos soldados, subrayando así su amor a España.

Bien ha hecho el Directorio en restablecer la jura de la Bandera en sitio público. Su significación hacen de esta fiesta militar un acto precioso que habla al corazón popular íntima y fuertemente. Tiene esa vibración que flota y aletea en los grandes instantes de la vida, cuando por hacerse todos los sentimientos brasa viva, se siente el alma estremecida de nobles anhelos y florece en los labios, con acento filial el grito de ¡Viva España!

Pasaron a ser soldados los reclutas. El Ejér-



La bandera, símbolo de la Patria, sacrosanto relicario de heroísmo, es besada por los encendidos labios de los juveniles soldados una vez prestado su juramento.—Ante la tribuna regia, los soldados desfilan con vistositad, acompasadamente, en marcial cortejo

cito cuenta ya con nuevos hijos y la Patria con nuevos servidores. El desfile de estos nuevos soldados fué acogido por el pueblo madrileño con inequívocas muestras de simpatía.

Día nacional, de cooperación de pueblo y ejército, en que a la sombra cobijadora de las banderas tremoladas al viento, se apretó el nudo y se encendió el afán de hacer siempre de España altar de hogar y fragua de épicas grandezas. Para caminar con paso decidido hacia la nueva etapa que habrá de conducirnos a porvenir de vic-

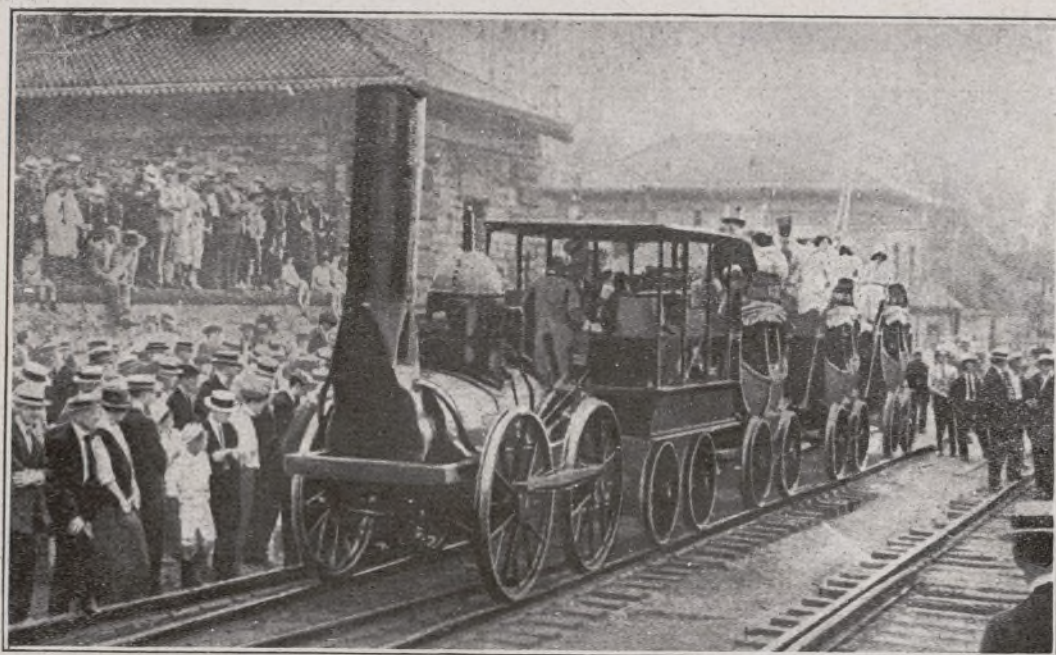
toria, preciso es esto, actos como el de la jura, fiestas nacionales que queden hondo en el sentir y en el pensamiento. Con el beso de cada recluta besaron todos los españoles; con el juramento de cada uno, prometieron todos. Y ante la emoción del momento, España vibraba en la faja amarilla de la bandera, que es como el antiguo milagro realizado en símbolo, el camino de paso hacia la ciudad de promisión que Dios abrió en el mar rojo para el pueblo elegido.

Una locomotora de 90 años, que todavía funciona bien

Conocida esta locomotora por los técnicos con el nombre de «Witt Clinton», la primera que ha funcionado en los Estados Unidos, acaba de ser exhumada del retiro en que estaba, desde hace sesenta y seis años, relegada por los mecánicos americanos.

Pasada de moda, en menos de tres lustros se hubiera creído que esta pobre máquina primitiva estaba condenada para siempre a guardar su hogar vacío y frío. Pero en un acceso de recono-

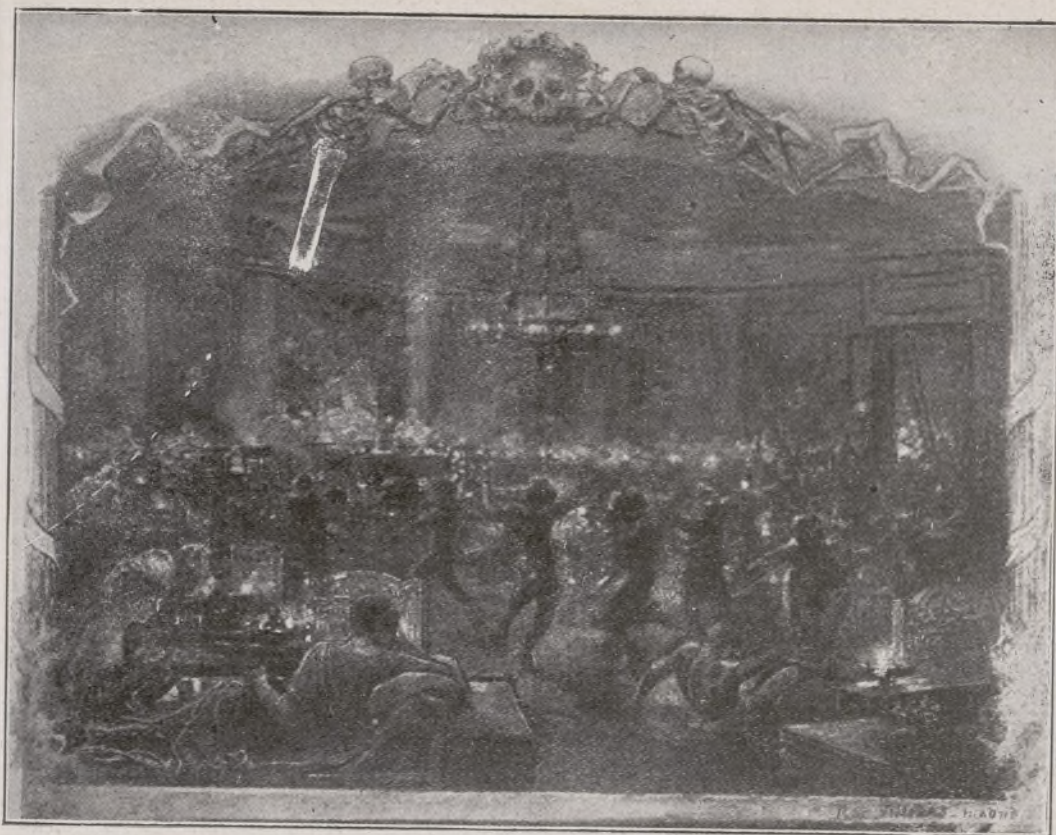
atención de los neyorkinos los coches que remolcaba—como pueden verse en el grabado—de un siglo de antigüedad y que recorrieron también la distancia entre Albany y Schenectady. Ha sido una exhibición completa del primer tren íntegramente reconstituído. Por un nuevo capricho del destino, esta locomotora ha de ser llevada por una moderna «busy» hacia tierras muy lejanas, a las que no hubiera podido llegar por sus propios medios.



cimiento, los nietos de aquellos a quienes, en su tiempo, había maravillado y quizá asustado, pues no faltaba quien pensaba si era cosa de diablos la transformación de la tracción de sangre por la de vapor—han tenido la curiosidad de contemplar esta venerable abuela, haciéndola resoplar sobre los railes de la Compañía de Nueva-York Central, a la velocidad máxima de ocho millas a la hora o sea un poco menos de trece kilómetros. Lo mismo que la locomotora han llamado la

Se ha ordenado que un tren especial la ha de conducir a Chicago, donde se exhibirá para dar una idea de los progresos realizados desde que Stephenson, su inventor, concibió la idea de la primera locomotora práctica.

Camino adelante, llevada esta máquina por su poderosa compañera a velocidad de más de 100 kilómetros por hora, irá contando quien tenía razón: si Fultón tratado de loco, ó Thiers que predijo el porvenir más triste a los caminos de hierro.



LA CENA MACABRA

Las invitaciones para el banquete imperial fueron repartidas con gran sigilo. Domiciano convidaba a los patricios más insignes y a los más ilustres caballeros a una hora desusada de la noche.

Buen golpe de la guardia de César ocupa el pórtico del palacio y hace ir entrando uno a uno a los convidados.

Cuando todos se hallan reunidos, se abren las puertas de la sala del festín y quedan aterrados ante el más pavoroso espectáculo.

El techo, las paredes y el suelo estaban tapizados de negro; negros eran también los lechos triclinarios. Delante de cada uno se hallaba inscrito el nombre del invitado en una piedra semejante a la de las tumbas, alzándose al lado con sus fulgores tétricos una lámpara funeraria.

Domiciano, con semblante impasible y severo, los recibió en silencio, mandándoles luego ocupar sus respectivos lugares. Se sirvió la comida igual a la de los banquetes de los muertos, y todo manjar fué ofrecido también en plato negro.

Enmudeció la concurrencia y un temblor nervioso se apoderó de la mayoría de los co-

mensales. Nadie osaba hablar; sólo el Emperador, con facundia inagotable, usó de la palabra, trazando los cuadros más sombríos de crímenes sangrientos, de martirios crueles y de ejecuciones espantosas. De repente, invadió la inmensa sala una turba de esclavos jóvenes, de hermosa figura, desnudos y embadurnados de pez. Se adelantaron como espectros, y después de una danza extravagante, propia para inspirar horror, vinieron a ponerse a los pies de los invitados.

El Emperador contó de nuevo historias de asesinatos y de matanzas, fijando sus ojos calenturientos en aquellos a quienes el miedo ponía más lívidos o que se mostraban con mayor estremecimiento víctimas de vertiginoso pánico.

Tras largas horas Domiciano se levantó solemne y majestuoso, y despidiéndolos con ademán soberano, díjoles secamente:

—Esperad mañana noticias mías.

Una eternidad fué para todos el tiempo transcurrido hasta el día siguiente.

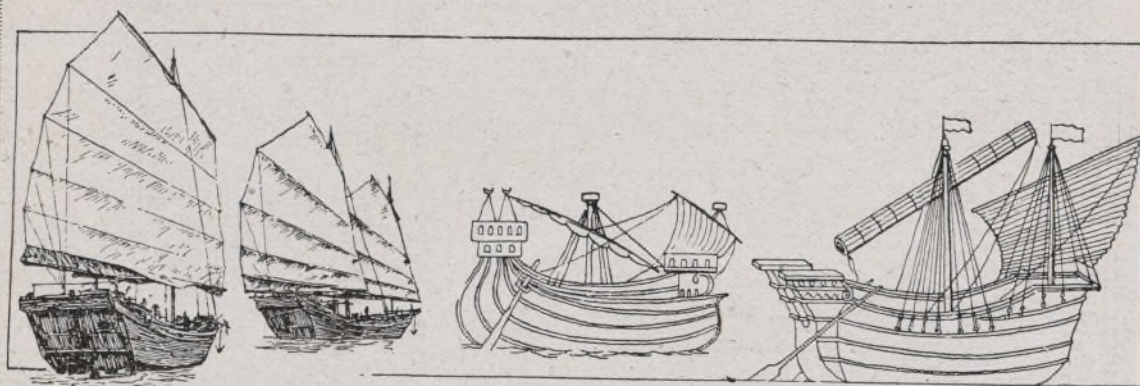
Casi a una misma hora de la mañana, llegó a cada casa un grupo de siervos de los más escogidos del César, y cuando esperaban la

orden fatal de la muerte, quedaron atónitos al recibir la *estela*, la fúnebre lámpara, la inscripción y todo el servicio que habían usado la noche antes, con esta inscripción: *Guardadlo en memoria mía*.

No se habló de otra cosa en la ciudad durante largo tiempo. Muchos enfermaron; al-

gunos murieron de sobresalto; nadie acertó a explicarse el enigma; sólo la Emperatriz, que estudiaba de cerca el espíritu enfermo de su dueño y señor, llamó a su liberto favorito Estéfano y al prefecto del Pretorio y habló largamente con ellos.

ANDRÉS MELLADO.



La forma de los navíos chinos no ha sufrido ninguna modificación sensible después de muchos siglos, y la semejanza entre los juncos de hoy y los antiguos navíos es muy grande, como puede verse por el grabado. El del centro es una galera sarracena de la edad media, y el de la derecha es un barco fenicio, anterior a la era cristiana.

LAS EMBARCACIONES CHINAS

El viajero menos informado de cosas de navegación no puede sustraerse, viendo los juncos y embarcaciones chinas, de gritar: «¿Qué barcos son estos?»

La extrañeza de sus formas, sus popas levantadas y repletas de pequeñas instalaciones caseras, sus velas en abanico con nervios de bambú, sus vastos timones y su aspecto, generalmente destrozado, sorprenden inmediatamente nuestra vista, habituada a otras siluetas. Nada sorprende si se conviene en que todo lo que es chino es extraño.

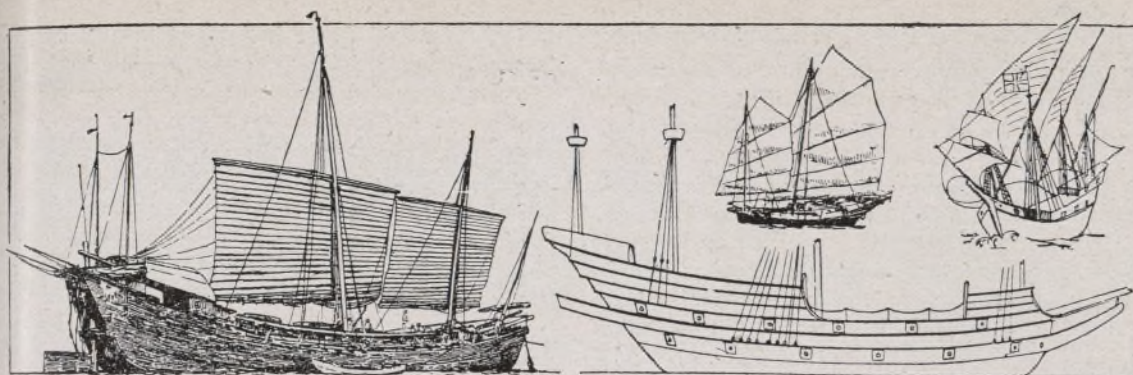
No hay necesidad de poseer conocimientos navales para encontrar en estos barcos la forma exacta de los antiguos navíos del Occidente que se ven representados en bajos relieves de la antigüedad o en pinturas o dibujos de la Edad Media. La nave heráldica de la Villa de París y el *junco* chino se parecen como dos hermanas; pero si la primera no aparece en nues-

tro espíritu más que como un retrato de la antigüedad, cuyas construcciones nos parecen fabulosas, la segunda embarcación, a pesar de su talante viejo, está siempre viviente y en plena actividad de servicio. Y es por lo que, al ver navegar y evolucionar rápidamente, en medio de los paquebots modernos, este navío de otra edad, experimentamos un asombro comparable al que nos causaría el espectáculo de uno de nuestros contemporáneos cazando liebres o perdices con arco y flecha.

Las construcciones conocidas bajo el nombre de «gallardas», con torres a proa o popa, que caracterizan los juncos, han existido largo tiempo en todos los navíos de las naciones occidentales. Ellas constituían verdaderos fuertes o castillos, sirviendo durante el combate de refugio para la defensa o de punto de apoyo para el ataque. Eran además puestos de obser-



Junco de 15 toneladas de un mástil y *Yach* holandés del siglo XVII.—En estos dos barcos no se aprecia más diferencia sería que el velámen. Las velas chinas, ya notables por su forma, ofrecen la particularidad de ser de fibras de junco, lo que sirvió a los primeros navegantes portugueses para poner el nombre de juncos.



Junco de guerra de velas cuadradas y navío español del principio del siglo VI. — El castillo de popa de los actuales juncos es mucho más importante que el de los antiguos barcos españoles, pero los cascos son exactamente iguales.—En lo alto un *junco* y una carabela del mismo siglo.

vación y de mando para la maniobra y la embarcación.

Los navíos de Duquesne, de Juan Bant, de Duguay-Tronin, de Suffren y de Laperouse estaban tan abastecidos y municionados como los trirremes antiguos, los navíos fenicios, las galeras y naves de los Croises, las carabelas de Cristóbal Colón y Vasco de Gama, los de Ango y Cartier y los barcos de las flotas genovesas o venecianas. «La nave de San Luis, nos dice Jonville, tenía un castillo a popa con pisos y habitaciones para el rey, la reina, sus hijos y sus principales ministros y servidores. Coronaba el todo una capilla suntuosa. El castillo de proa estaba ocupado por algunos señores de menor categoría.»

Los castillos de proa subsistieron hasta el día en que la artillería de fuego cambió todo el valor militar que tenían; los de popa se mantuvieron, más o menos reducidos, hasta el advenimiento de las máquinas a vapor. A partir de esta época desaparecieron rápidamente, estando hoy completamente desprovistos hasta los veleros.

Los navíos portugueses, que fueron los primeros que, en el siglo VI, frecuentaron los mares chinos, estaban castillados de la misma manera que los barcos indígenas; pero mientras los europeos no cesaban en perfeccionar las líneas de sus barcos, los chinos guardaron sus formas, sin cambiarlas en nada. La sola diferencia apreciable entre los navíos portugueses y chinos está en el velamen de *junco* que llevan estos últimos, y que ha dado nacimiento al nombre que llevan, aunque este nombre no es chino.

«Jonque» es una forma francesa del portugués «junco». De esta palabra seguramente se servirían los

vigías para señalar la aparición en el horizonte de estas velas particulares, que no se parecen a ninguna de los demás navíos.

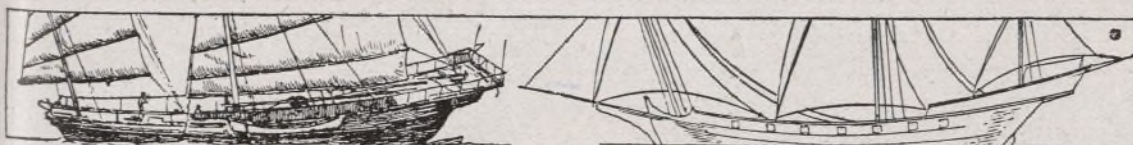
El otro nombre, «sampan», que aplican a otras embarcaciones peculiares que poseen, es bien chino. Viene a signicar «tres planchas».

En un principio los chinos dieron este nombre a las embarcaciones ligeras europeas que anclaban en sus puertos; después el uso del término *sampan* se hizo tan general, que hizo perder el carácter despreciativo que en principios se le dió, aplicándose, por un justo retorno, en todo el Extremo Oriente.

Las opiniones entre los marinos sobre si estos *juncos* poseen, gracias a su forma, cualidades náuticas acomodadas a las condiciones locales de la navegación y a los servicios que prestan, están muy divididas. Es preciso creer que sí, y esto explicaría el porqué, después de tantos siglos, los chinos los han construído de la misma manera y los han maniobrado con los mismos medios.

Se puede también, por otra parte, atribuir la extraordinaria supervivencia de este género de construcción al poco gusto que tienen los chinos para los cambios

«El concurso de los navíos se resume allí por cinco o seis mil barcos y seis a siete millones de toneladas a la entrada, más veintinueve a treinta mil *juncos* y cerca de dos millones de toneladas por la parte de China. Cerca, por el Occidente, otro tanto. En lugar de «una vela», el gaviero anuncia a estribor o a babor («un *junco*»), usando así la figura gramatical bien conocida que consiste en designar un objeto



Junco de 30 toneladas de 2 mástiles y *Jabeque* mediterráneo del siglo XVIII.—El *junco* lleva como el *jabeque* velas latinas y no se diferencian apenas.

por el nombre de una de sus partes o de una de sus cualidades.»

La palabra china correspondiente a *juncos* es *tchoan*, que significa barco. Algunos otros términos se escriben y se pronuncian diferentemente, como *séou*, *kien*, *inig*, aplicándose a navíos, porque estos objetos, después de muchas generaciones, eran adaptados al uso que ellos hacen y no tienen interés en modificarlos. Algunas veces no dejan de aprovecharse de invenciones o perfeccionamientos venidos del Occidente, pero usando de ellos muy prudentemente y sin precipitación, esperando sabiamente que comience el vecino. Semejantes a los aldeanos que se extasían ante las máquinas agrícolas; rebeldes, como ellos, a todas las novedades; atados por instinto a las costumbres ancestrales, y desconfiados en cuanto a los resultados, se van decidiendo poco a poco a aceptar una innovación, pero cuando la experiencia—de otro—les muestra que pueden arriesgarse.

Los *juncos* pertenecen hoy a grandes armadores o comerciantes y han sustituido ya las antiguas esteras por bellas y buenas telas, y conservan la misma disposición; pero los nervios de bambú que ornamentan las velas no tienen ninguna razón de ser ya y se pueden considerar como accesorios puramente tradicionales. Con las velas de estera, estos nervios de

bambú, en cambio, eran indispensables para asegurar la solidez y para limitar el campo de las desgarraduras. Hacen el papel, por otra parte, de las bandas de rizos de nuestras gaviotas. Algunos, aunque pocos, han admitido la transformación de hilos de hierro en sustitución de esos nervios.

Se hacen en estas embarcaciones toda clase de transacciones: además de verificarse cambios en plata, oro, billetes y letras de crédito, véndese opio, té, azúcar, seda, galodón, metales y una infinidad de objetos menudos de Occidente y Oriente. Inglaterra hace casi la mitad de las transacciones en esta flota comercial. Sólo en el conjunto de *juncos* amarrados en el puerto de Hong-Kong cuéntanse, en la actualidad, 52.000 barcos, con tonelaje de 1.300.000 toneladas, sin contar el tonelaje de algunas Compañías chinas que tienen establecidos servicios de navíos a vapor entre Manila, Batavia, Saigón, Singapoore y Bangkok.

Se reputa a los chinos de rutinarios y de poco dados a los progresos; pero en las líneas que se acaban de llenar se encuentra el mayor homenaje que se les puede rendir por su paciencia y tenacidad en establecer esos grandes centros comerciales, adonde acuden gentes de todo el mundo, y por su flexibilidad en el trato con el extranjero, de quien siempre encuentra beneficio por su condición sumisa y humilde.

ANECDOTAS

Enrique IV de Francia decía un día al padre Cotton, su confesor:

—Padre mío, ¿revelaríais la confesión del hombre que manifestase estar decidido a asesinarme?

—No, señor; pero correría a colocarme entre vuestra persona y su puñal.

A un individuo a quien, después de haberle dejado limpio de cuartos, le arrimaron unos cacos sendos palos, le preguntaba su mujer:

—¿De dónde vienes a estas horas, bribonazo?

—De ahí abajo, donde he tenido un buen rato de palique.

Había en Madrid en tiempo del rey poeta Felipe IV un calderero, famoso improvisador, y que,

a haber cultivado su ingenio, indudablemente hubiera sido un poeta privilegiado. Quevedo trató de presentarle al rey, a quien ya había hablado de las ventajosas disposiciones de aquel hombre singular, y le condujo un día a palacio, a tiempo que Felipe IV salía de paseo.

Como no hubo ocasión para más, el rey, que quería alentar a aquel rústico ingenio, le dirigió estas lisonjeras palabras:

¿Me han dicho que viertes perlas?

El calderero le contestó rápidamente con una humildad que daba nuevo realce a lo sentido de su pensamiento:

—Sí, señor; mas son de cobre,
Y como las vierte un pobre,
Nadie se baja a cogerlas.



Conciencia de ropavejero —

por
JOSE GERMAIN



PERSONAJES

CONTARBOURG, *atrozmente miope. Lleva gafas. Ropavejero, insolente con los vendedores; amabilísimo con los compradores.*

NICOLÁS RAPOSO, *un pobre diablo, maltrecho por la miseria. Aspecto lastimoso de vagabundo, vive especialmente de industrias ligeramente indecorosas.*

ESCENARIO

La escena representa una tienda de ropavejero. Se ven expuestos algunos trajes. Los hay de ellos que tienen señalado el precio: 40 pesetas, 50, 60, 70, 80 pesetas, etc. En el foro, que puede simular la parte interna de la fachada, se leen estos letreros estimulantes: «Casa de confianza. Se compra caro y se vende barato.» En el caso de no disponer de un escenario especial, la puerta del foro representará la entrada del público, mientras que los pasos laterales formarán las dependencias de la tienda.

ESCENA UNICA

NICOLÁS RAPOSO y CONTARBOURG.

(Al levantarse el telón, Contarbourg, que está acabando de poner en la puerta una serie de prendas de vestir, se frota las manos con evidente satisfacción.)

CONTARBOURG.—¡No va mal..., no va mal!... Esta mañana he comprado todo este stock por veintidós pesetas treinta y cinco céntimos, y ya he vendido un terno en cuarenta pesetas... ¡Cuando pienso que aun hay gente que asegura que ya se han acabado los negocios!... (Parándose ante la puerta.) ¡Qué hermosa es la vida! (Volviendo a entrar.) ¿Pero qué le pasa a aquel andrajoso que mira de ese modo la tienda?... Sí, sí, acércate, infeliz... Quieres venderme los harapos que llevas debajo del brazo... Pero probablemente no valen nada y no podría ganar con ellos ni siquiera el ciento por ciento. Vayámonos antes que nos vea. Volveré así que se haya ido. (Sale por una puerta lateral.)

NICOLÁS.—(Entra con un gabán viejo debajo del brazo, vacilando y buscando a alguien con la vista.) ¡Nadie!... ¡No hay nadie en la tienda! Esto es de-

masiado. (Llama.) ¡Patrón! ¡Hola! ¡Patrón! (Con indiferencia.) No contestan... Peor para él; pierde un negocio..., un bonito negocio. Necesito un abrigo, pues ya el mío está imposible. (Enseñando el que lleva debajo del brazo.) Y hasta tengo dinero. (Sacando un billete de cincuenta pesetas.) ¡Chic! ¿No es verdad? (Observando los precios puestos en los trajes.) Seguramente con un duro no se puede hacer gran cosa aquí... (Contando.) Cuarenta, sesenta, ochenta pesetas... ¡Demasiado caro! (Descolgando un gabán marcado con el precio de setenta pesetas y dejando el suyo sobre un montón de ropas.) Y es, precisamente, el que me convendría a mí... Pero setenta pesetas... Necesito, cueste lo que cueste, un gabán... Aunque tenga que desprenderme del último duro. (Quita maquinalmente el marbete, y llama más fuerte.) ¡Hola, patrón! (Aparte.) Por fin se decide a venir...

CONTARBOURG.—¿Qué desea usted?

NICOLÁS.—Alguien ha dicho que los hombres sin camisa son los más felices... Pero ese alguien no dijo una palabra acerca de los hombres sin gabán.

CONTARBOURG.—No estoy aquí para decir y oír necedades... ¿Qué desea?... Seguramente viene usted a venderme el gabán... Pues lo siento mucho..., pero de momento no necesito.

NICOLÁS.—(Presentando el gabán al que ha quitado el marbete.) Dispense usted, pero...

CONTARBOURG.—Es inútil.

NICOLÁS.—No es inútil; es que...

CONTARBOURG.—¿Se empeña usted en que examine la prenda? (Quitándole de la mano el gabán y examinándolo superficialmente.) Sí: es lo que me figuraba... No vale nada en absoluto. (Aparte.) ¡No es malo!

NICOLÁS.—¿Cómo?... ¿No vale nada?

CONTARBOURG.—Nada... O mejor dicho, muy poco. (Criticándolo.) El cuello está estropeado..., la parte inferior rozada, los forros en no muy buen estado...

NICOLÁS.—(Aparte.) ¡Ya tengo a mi hombre! (A Contarbourg.) Pero el tinte es bueno.

CONTARBOURG.—(Haciendo una mueca.) ¡Pse!... ¡No es malo!

NICOLÁS.—El corte es impecable.

CONTARBOURG.—Los hay mejores.

NICOLÁS.—Y luego, es de última moda.

CONTARBOURG.—De la penúltima, todo lo más.

NICOLÁS.—Entonces usted cree que, lealmente, sinceramente, con la mano puesta sobre el corazón...

CONTARBOURG.—Lealmente, sinceramente, con la mano puesta sobre el corazón, el gabán no vale nada. Está viejo, estropeado, rozado.

NICOLÁS.—De todos modos, yo le agradecería mucho que le pusiera el precio que estime justo a este gabán, al que tengo verdadero cariño.

CONTARBOURG.—¿Necesita usted dinero?

NICOLÁS.—¡Siempre, por principio y por costumbre!

CONTARBOURG.—En ese caso, porque soy un hombre complaciente que desea servirle..., le daré por este gabán... Vamos a ver, vamos a ver..., le daré... tres pesetas sesenta y cinco céntimos. ¿Hace?

NICOLÁS.—¡Pero, señor!...

CONTARBOURG.—¡Vamos, para que no se queje!... Haré un esfuerzo, un verdadero sacrificio, y le daré cuatro pesetas cincuenta... Ni un céntimo más.

NICOLÁS.—¡Cuatro cincuenta! ¿He oído bien?

CONTARBOURG.—Cuatro cincuenta..., y poco será lo que gane. Si lo vuelvo a vender en un duro, será todo lo del mundo.

NICOLÁS.—¿Nada más vale un duro?... ¿No se volverá usted atrás?

CONTARBOURG.—Yo nunca me vuelvo atrás de lo que digo.

NICOLÁS.—Muy bien. Fíjese que por mi parte no regateo el precio. (Dejando un duro sobre el escritorio.) Devuélvame cincuenta céntimos.

CONTARBOURG.—¿Cómo? ¿Qué dice?... ¿Usted me da dinero?

NICOLÁS.—¡Naturalmente! No faltaría otra cosa... Necesito un gabán, y éste, que estaba allí (Señalando el sitio.), me ha gustado. Le he pedido lealmente que le pusiera precio, y sin regatear, le pago el que usted ha fijado.

CONTARBOURG.—¡Desgraciado!... Yo creía que era de usted y que quería venderlo!

NICOLÁS.—¡Cómo!... ¿Es que, acaso, tiene usted dos pesas y dos medidas?... ¿No es el mismo gabán ahora que antes?

CONTARBOURG.—Sin duda, pero...

NICOLÁS.—¿No hay ahí un letrado que dice: «Casa de confianza. Se compra caro y se vende barato»?

CONTARBOURG.—Sin duda..., sin duda... Pero ya comprenderá usted que no puedo darle por cuatro cincuenta un gabán que puedo vender...

NICOLÁS.—En cinco pesetas. Lo ha dicho usted mismo hace un momento... Pues bien: porque si hay alguien aquí obligado a echárselas de gran señor, ese alguien soy yo..., acepto su nueva proposición y le pago el precio máximo: quédese usted con el duro. (Se apresta a marcharse con su botín.)

CONTARBOURG.—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

NICOLÁS.—(Volviéndose ofendido.) ¡Dispense!... ¡Si hay aquí, entre los dos, un ladrón, ese eres tú, trápelo del diablo!... ¿Le has puesto o no le has puesto precio a este gabán?

CONTARBOURG.—Sin duda, pero...

NICOLÁS.—No hay pero que valga... Es mío y me lo llevaré. ¡Adiós, trápelo!

CONTARBOURG.—Pero oiga usted, buen señor... Tenga en cuenta que me he equivocado; que el gabán vale setenta pesetas.

NICOLÁS.—¡Ta, ta, ta! Vale cuatro pesetas cincuenta céntimos.



CONTARBOURG.—Fíjese en que es un gabán magnífico...

NICOLÁS.—¡Pse! Está viejo, usado estropeado.

CONTARBOURG.—...De última moda.

NICOLÁS.—De la penúltima todo lo más.

CONTARBOURG.—El corte es impecable.

NICOLÁS.—Los hay mejores.

CONTARBOURG.—El tinte es superior.

NICOLÁS.—No está mal... Pero nada más...

CONTARBOURG.—En fin, es un gabán que he pagado muy caro.

NICOLÁS.—Puede ser... Pero el cuello está estropeado, la parte inferior rozada, los forros en no muy buen estado.

CONTARBOURG.—Tiene, además, valor histórico... Ha pertenecido a una persona elegantísima..., tal vez a un príncipe..., y por eso su precio es mayor.

NICOLÁS.—¡Ah! ¿Usted paga el valor histórico?

CONTARBOURG.—¡Ya lo creo! Estamos en una época de coleccionistas y de aficionados a las antigüedades. Todo lo que es viejo tiene valor.

NICOLÁS.—En ese caso, según usted, cuanto más vieja es la cosa, más cara la paga.

CONTARBOURG.—¡Precisamente! Eso es... De ahí que un traje Luis XV auténtico vale lo menos..., lo menos..., en fin: no tiene precio; ¡tan buscados son!

NICOLÁS.—¡Admirable! ¡Admirable! Entonces estamos de acuerdo. A usted le gusta lo viejo, y a mí me gusta más lo nuevo. Le dejo, pues, por un precio equitativo esta incomparable antigüedad. *(Va en busca del gabán que ha dejado al entrar y lo entrega a Contarbourg.)*

CONTARBOURG.—*(Inspeccionando con horror el harapo, que ha desplegado con repugnancia ante el pú-*

blico.) ¡Esto ya es demasiado! *(Estupefacto.)* ¡Se está usted burlando de mí!

NICOLÁS.—¡Ahí va mi gabán! A pesar de su antigüedad, no le cobro por él un millón, ni mil pesetas, ni ciento, ni diez, ni siquiera cinco céntimos... *(Gran gesto.)* ¡Se lo regalo!... Y en lo sucesivo, sepa usted imitar este rasgo mío. Eso le traerá clientela. *(Vase.)*

CONTARBOURG.—*(Solo y anonadado.)* ¡Pobre de mí! Cinco pesetas por un gabán que había comprado por dos pesetas cincuenta céntimos al contado... ¡Es una verdadera quiebra!... Necesito vengarme. *(Con un relámpago de genio.)* Cambiaré el precio de todos los otros, aumentando diez pesetas en cada uno... *(Filósofo.)* Después de todo, el negocio es el negocio... *(Y se pone a cambiar los marbetes.)*

TELON

MAPA POETICO DE ESPAÑA

Recorramos, sí, esta nuestra tierra bendecida, en que Dios acumuló todos los encantos de la naturaleza, en que diez civilizaciones dejaron sus artes y monumentos, y cien razas confundidas depositaron las riquezas de su lengua, de su literatura y de sus hábitos.

Ofrécenos la Mancha los horizontes sin fin de los desiertos, mientras que los montes cántabros reproducen los pintorescos paisajes de la Suiza; tenemos la vegetación de América en los márgenes del Turia y del Segura; y en la costa que corre desde Almería hasta Málaga los bosques de las palmeras de la Libia ondulan desde Alicante a Elche; el reino de Jaén hace olvidar los olivares de Grecia; las vegas de Granada, de Sevilla, de Ecija y de Guadix compiten con las llanuras de la alta Italia; Sierra Nevada levanta su encanecida frente a poco trecho de Sierra Morena, exuberante de calurosa vida; Zaragoza, con su imperial aspecto, es el centro de riquísimas comarcas; los bosques y las rocas descienden del Pirineo hasta el Ebro en pintorescas masas, y pacíficos ríos y espumosos torrentes esparcen sus aguas entre dos mares; todos los climas, todas las plantas, todos los paisajes; la montaña y la llanura, el hondo y verde valle, el melancólico erial, el pedregal fantástico y la enmarañada selva; todo lo encontraremos en nuestro suelo privilegiado.

Pues prestemos atento oído al tamboril y a la dulzaina de los músicos valencianos entregados a la febril algazara de sus «festetas»; oíd la suave flauta de caña de los vascos, o la melancólica gaita de los gallegos, o la alegre y animada «sar-

dana» de los catalanes; escuchad la bandurria y el pandero de los aragoneses, que entonan su enérgica «jota»; percibid entre los platillos y las castañuelas, los cadenciosos acordes del «bole-ro», al son de solitaria y balbuciente guitarra; observad la apasionada «rondeña», la patética «caña», la gemebunda «playera», esos cantos eternos e infinitos como la soledad del desierto de Sahara, en donde un beduino los entonó por primera vez a la caída de una tarde, bendiciendo a Dios o pensando en su familia al sentir en su frente—abrasada por un largo día de sol—el primer soplo de aire fresco que sacaba de su mortal deliquio a la soñolienta caravana.

Escuchad, escuchad el «romance» lemosín, el «zortzico» de los celtas, el «romance» del ciego castellano, la «seguidilla» manchega, la «balada» del cántabro marino o la «hiperbólica copla» andaluza, poemas todos que resumen ignoradas historias de pasiones o de heroísmo, penas misteriosas, dolores de tiempo ya pasados, calamidades, milagros himnos de triunfo, fúnebres salmos o alegrías y placeres de la juventud de nuestros difuntos abuelos... ¡Oh! ¡Qué mundo de ideas y de sentimientos y de acciones y de recuerdos desconocidos! ¡Qué mundo impalpable! ¡Qué mundo flotante sobre el nuestro! ¡Qué ecos tan elocuentes de otras vidas, de otros tiempos, de otros lugares! ¡Cómo se renuevan al son de esos ecos populares el recuerdo y las cenizas de muertas generaciones!...

PEDRO A. DE ALARCÓN

—¡Agayaz me zobran pa zacá a mi hombre de entre laz garraz de la zarraspastroza que le entretiene! ¡Mizté, comare, que un hombre tan cabá hazerze un perdió! ¡Pajoleraz fardaz, que han vuerto a mi Paco como zi fuera una carceta!

La comadre, menos belicosa, con esa sangre fría que da una viudez sosegada, trataba de calmar los fogosos arrebatos de la *zeñá Jozefa*:

—Quita jierro, mujé; muchaz vezez, zon más laz hablaurfaz de la gente que la zertidumbre de la zertesa. ¿En qué te fundaz pa dezi ue er zeñó Paco te farta? ¿No te entrega to loz zábaoz argo der jorná? ¿No cumple acazo mezmamente con zuz obligazio-
nez de cazao? ¡No te arremontonez, caramba, que toa la vía no ibaiz a ezta como doz novioz!

—¡No pueo zoportarlo, zeñá Remedioz; enantez, tan cariñozo, más pezaio que el arropé con zuz carantoñaz, y ahora, der trabajo, ar pindongueo, pa arrecogerze a la madrugá más molío que una breva, a ronca como un bendito, zin acordarze pa na de ezta probe mujé, que ze conzume de pena y de coraje por zu culpa! ¡No quito jierro, comare de mi arma; he de zacarlo de laz garraz de eza arpía que me lo ezcarrila!

Y estas decisiones, afianzadas aún más por la *caritativa labor* de tanta vecina portadora de cuentos y noticias, llevaron a la *zeñá Jozefa*, en una noche de crudo invierno, a encaminar sus pasos tras el infiel marido, hasta verle entrar en una casa de pobre apariencia, cuyo aparatoso misterio eran señales evidentes de estar destinada a un comercio nada moral ni descubierto.

Cual máter dolorosa, en forzado espionaje, sobre-
llevando con paciencia el lento transcurrir de las horas, ¡duro calvario de celos y mortificaciones!, requirió el auxilio del vigilante nocturno, que a la sazón pasaba, en una de sus rondas, por la puerta de la maldecida casa.

—Zereno, por Dío; zea teztigo de mi dezgrazia; ahí dentro eztá mi marido, y de ahí ha de zalí con la perra mujé que me lo entretiene! ¡Aguarde ozté un momento; zea juez de lo que puea ocurrí!

—Zeñora—respondió el vigilante—, no ze irmute;

¡pazencia y zereniá! No ze meta en belenez; márcheze a cazita y déjeze de lioz. ¿Ze va ozté a perdé por una churripuerca zin entrañaz? Ademáz, zeñora, ezta coza der matrimonio no zon mezmamente de laz que uno puea hazer de juez ni de teztigo, que a lo mejó, zin comerlo ni beberlo, le toca parte en er fregao. ¡Allá oztédez! Lo dicho: ¡pazencia y zereniá!...

En tan inútiles recomendaciones, un ruido, delator de la salida de los espíados, hizo a la *zeñá Jozefa* exclamar satisfecha:

—¡Por fin vaiz a caer en miz manoz!

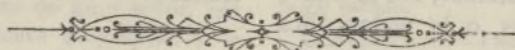


Y acto seguido, dirigiéndose al vigilante, en tono autoritario recabó su importante concurso, gritándole:

—¡Alumbre, hombre, alumbre ozté er portá!

La autoridad, esclava cumplidora de sus obligaciones, enfocó con su linterna el zaguán, por el cual, muy juntos y desprevenidos, se destacaba la pareja que pretendía salir...

¡Horror!... La churripuerca sin entrañas resultaba mezmamente la propia mujer del que en el fregao, más que como juez, mucho más que como testigo, le tocaba parte tan molesta, tan cercana, que instantáneamente le hizo perder toda la *pazencia y zereniá* con tanto fervor recomendadas...



EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACION)

ganarle miedo. Una noche en la cual creyó más amenazadora su mirada, se dirigió como fascinado a un huésped nuevo que, mesas más allá, protestaba contra todo.

—¿Por qué se queja? ¿Qué tiene usted que decir de esta sopa?

A partir de aquel momento quedó tácitamente encargado de defender la cocina de aquella casa. Tuvo un empleo, su primer empleo en el país. Cuando, animado por el ejemplo de la mesa privilegiada, osaba alguien quejarse de la carne, allá se dirigía Farfán.

—¿Cómo se conoce que usted no ha comido carne nunca!

Y nadie se reía. Una tristeza desolada llenaba a todas horas el comedor, antes tan tumultuoso, del *Piornelo Hotel*.

Sin aquella alegría de los amigos, sin el trato de Estela, que había sido hasta entonces como un velo dorado sobre la realidad cotidiana, Daniel la vió cruda y fría. Vió que todos suspiraban por irse de aquella ciudad, vió claramente cuán seco y adusto era aquel pueblo, al cual nadie amaba de veras, y con el que nadie se compenetraba nunca. Para poder tener allí algún optimismo era necesario no verlo, alejarse de él como sus amigos en otras épocas, irse a otras regiones con la fantasía, varita mágica que todo lo encantaba y no dejaba reparar en aquella desolación tan cruda.

Y pensaba que había tenido suerte, mucha suerte, al venir. Cayó en un círculo de gentes joviales que le alegraron la vida, se empleó por un azar venturoso, se enredó luego en una dulce aventura que todo lo doraba. Pero ahora, entregado otra vez a sí mismo y sabiendo cuán difícil era conseguir, en aquellas regiones cosa alguna. ¿Qué iba a ser de él, con las puertas que torpemente se cerró y las que su fracaso no le dejaría abrir? ¿Tendría que quedarse allí toda la vida? Y se estremeció al pensarlo. ¡Toda la vida odiando cuanto le rodease y delirando con su tierra! ¡Oh, era horrible!... ¡Horrible! ¡Qué locura había cometido con venir!

Iba pasando el otoño, se acercaba el tiempo de sembrar y en su tierra era casi el de la siega. Pensó en aquella fiesta de abundancia, en las bromas de mozos y mozas, en los retozos sobre las mieses segadas y la vuelta cantando por venturosos caminos. Marchaba así distraído, evocando todo eso, cuando se detuvo aterrado.

—¿Abascal?

Aquel Abascal había sido el alumno más aventajado en el colegio santiagués, donde se preparó para el bachillerato, el primer estudiante de la clase en

los años iniciales de la carrera. Un día se despidió: «Tengo que emigrar, no puedo seguir los estudios, mi familia se ha quedado en la miseria.» Pero a nadie preocupó su porvenir. Tan laborioso y con tal talento, adonde quiera que fuese se abriría paso inmediatamente... Pero aquí estaba pobremente vestido, la barba descuidada, apoyado en un quicio, más delgado que nunca, esquelético, con la cesta de los vendedores ambulantes al brazo. Se acercó aún, sin resolverse a creer lo que veía.

—¡Abascal!

—¡Aguar!

Dejó aquel hombre la cesta en el suelo para abrazarle, y consideró justificadísimo su asombro.

—¡Ya ves!

—¡Pero, muchacho, con tu talento!

—Ya ves para lo que me ha servido.

Le contó rápidamente su odisea. Lo había sido todo: redactor de un periódico, empleado de un Banco, tenedor de libros de un comercio, dependiente, capataz de peones, peón. En unos oficios le perjudicó



su excesiva cultura, que le llevaba a afear al patrón los disparates del rótulo; para otros puestos carecía de salud. Al fin tuvo que conchavarse de *mucamo*. Fué el mejor empleo de que disfrutó. Enamorada de él la cocinera, una paisana suya que, por oírle hablar tan bien el criollo, le llamaba respetuosamente niño, el niño Saturnino, comía como no comían los amos, disfrutaba de una habitación magnífica, y a fin de mes le quedaban una porción de pesos libres. Sin embargo, dejó voluntariamente aquel empleo.

—Por dignidad, por patriotismo, ¿sabes? Había aceptado el ser criado provisionalmente, mientras no hubiera otra cosa. Pero no encontraba la otra cosa y comenzaba a sentirme demasiado a gusto. Entonces me indigné conmigo mismo, pensando si llevaríamos los gallegos, todos los gallegos, en la masa de la sangre, el morbo de la domesticidad. Por dignidad colectiva comprendí que no debía seguir siendo criado de servir en estas tierras donde tan poca consideración nos tienen, que el hambre era preferible, y una noche en que por cierto la cocinera se había esmerado, me marché antes de cenar, sin pedir la cuenta. Pasé el hambre, un hambre negra, y al fin encontré esto. Y en esto sí que el talento me ha servido. No tengo estuche para nada, no tengo voz, no puedo cantar la mercancía. Pero voy siempre en pos de otro, que es quien pregona los manises y los langostinos. Y luego, como yo soy el del talento, pues vendo más...

Daniel apenas durmió aquella noche. Abascal había tenido ocupaciones brillantes, y desde entonces fué descendiendo, descendiendo hasta no quedarle otro recurso que ser criado de servir y vendedor ambulante. ¿Le esperaba a él igual destino? Una idea venturosa comenzó pronto a sonreírle y a llenarle el corazón. Bien mirado, tenía un medio fácil para librarse de todo eso y hasta para volver a su tierra. América no le había dado dinero, pero supo enseñarle cuanto podía esperar de sí propio. Con lo que allí hizo, con las iniciativas que allí tuvo, con el trabajo que allí desarrolló, en su pueblo hubiera llegado tiempo hacía, si no a la fortuna, al goce de una vida cómoda y feliz. Había allá mil cosas de qué ocuparse, saltos de agua que explotar, industrias que emprender, una agricultura rudimentaria a la cual podría darse un gran impulso sólo con trasplantar ideas aquí aprendidas. Pero se le presentaba la dificultad de siempre. ¿Cómo hacer para irse? ¿Dónde tenía el dinero?

Enterado de sus angustias y de sus anhelos, Farfán de los Godos, que volvía a concederle una amistad sin sombras, le animaba continuamente.

—A ver si lo encuentras. Tú, que tuviste aquella idea de la prima sobre un terreno, busca otra cosa, pues ahora los terrenos no interesan. Pero busca para ti y para mí. Yo no puedo ya más. Yo no quiero morir en esta tierra...

Llegó el verano. Invitado Daniel a ver una siega,

tomó el tren, contento, pensando en el goce de aquella fiesta aldeana, con la gente agobiada sobre el surco, bajo el sol implacable, y, no obstante, feliz ante la idea de los retozos cuando el trabajo acabase. Pero se quedó sorprendido, arrecido de asombro. No eran hombres los que segaban, sino una máquina humeante, una especie de monstruo, que se echaba a correr por todo el campo, y segaba, y limpiaba las mieses, y hacía los haces y los iba soltando por grupos, ya contados. Regresó odiando al monstruo, odiando a aquella rotativa de segar, que una vez más le hizo suspirar por su tierra bucólica, donde siegan los hombres bajo la losa de plomo del sol, y son mujeres quienes, cantando, hacen las gavillas... Y una sorpresa aún más grande le acometió de pronto. El tren se detenía en una estación de madera pintada de fresco, toda llena de flores adornándola, y un pueblo pequeño y bonito allí detrás, con abundantes elevadores de agua en quintas de árboles nacies y casas muy claras, muy vistosas... Al ir no se había asomado a la ventanilla, no había podido leer el nombre de la estación, y ahora casi no daba crédito a la realidad: *Pola de Ancares*.

Era el pueblo de Iturbe, levantado al fin sobre aquellos campos que él sembró y donde tantas esperanzas había puesto, el sueño de aquellos hombres que el día de la inauguración, dando el pueblo hecho, hasta con sus casas y sus árboles, para dentro de un año, le parecieron tan absurdos, y que, no obstante, decían una gran verdad. El yermo adusto, sembrado entonces de cardos y más tarde de trigo, se había transformado en un jardín milagroso, con sus flores lozanas, con sus fuentes cantarinas, con sus alegres regueros de agua... Se había transformado así, casi de la noche a la mañana, no como en la realidad del trabajo de unos hombres, sino en la historia de un suceso fantástico.

Desde aquel sitio la distancia lo poetizaba todo, y eran casas de mármol y casas de jaspe las que delante tenía, y más cerca jardines maravillosos con las flores de oro de sus acacias y sus estatuas mojas por el agua jovial de los surtidores... Comprender entonces que los emigrados, vueltos a su tierra, hablasen de aquel país con la reverencia de quien evoca una peregrinación santa, y pensó si era justo despreciar un sitio donde tal se hacía y hablar tanto de su falta de espiritualidad, y preferir otras regiones en las cuales aquello de que él había sido irrecusable testigo casi no podía contarse...

—¿No estará la locura en marchar?

Pero la tierra natal seguía llamándole con su voz dulce, irresistible. Anduvo unos días disgustado, silencioso, triste como nunca, acompañándose tan sólo de Farfán, que, acaso más triste todavía, no le estorbaba, sino todo lo contrario. Aquel hombre había enflaquecido, estaba demacrado, se movía con pasos lánguidos, penosos, de enfermo. No llevaba la capa, no lo permitía el calor, pero el saco se le desmayaba sobre los hombros. Y callado horas y horas para al ha-

blar insistir en una idea tan sólo, iba limpiando, poco a poco, su espíritu de incertidumbres, mostrándole, clara y luminosa y digna de trabajar por ella, una idea sola.

—Busca a ver. Lo único razonable es dejar esto.

XVII

Se acercaba la Nochebuena, que los últimos conquistadores del territorio querían solemnizar. Desgraciadamente, carecían de fondos, y les aterraba la perspectiva de una cena igual a todas las del *Pior-nelo Hotel*, y más triste caso, ya que en semejante noche apenas quedarían allí huéspedes. Buscando la manera de conseguir algunos recursos, Farfán acabó por proponer seriamente que se erigiesen en honrada cuadrilla de bandoleros, dispuesta a dar el alto a quien llevase visibles unas alhajas y casi seguros unos billetes. Pero Villasuso, con inesperada cordura, rechazó el proyecto por peligroso.

—Aquí la Policía está excesivamente bien montada.

—¿Entonces no cenamos fuera?

Al día siguiente, el mismo Villasuso trajo una esperanza. Podía cenarse en el mejor de los hoteles, Tenía un plan...

—A ver.

Pero todo el optimismo languideció de pronto. Necesitábase un políglota, y en aquel grupo, desgraciadamente, sólo había monóglotas.

Contó entonces. Portela y Portuondo, a quien ya comenzaba a llamarse Portela y Portodo, estaba al fin haciendo un libro. Pero un libro extraño, un libro lleno de personales alabanzas a los infinitos comerciantes del territorio, y que contaba con venderles carísimo. Para que mejor se lo pagasen, el elogio a cada talabartero, a cada almacenero, allí donde estas gentes eran de tan distintas procedencias, pensaba hacerlo en el idioma nativo del atacado. A éste en francés, a aquél en portugués, en italiano al otro... Y como Portela no podía emprender directamente semejante obra, tenía necesidad de un profesor de lenguas a quien dar las biografías para traducir.

—Y las pagaré a cinco pesos, y son muchas. ¡Si alguno de nosotros supiese los idiomas de que se trata!

Farfán tuvo, de repente, una decisión de inspirado.

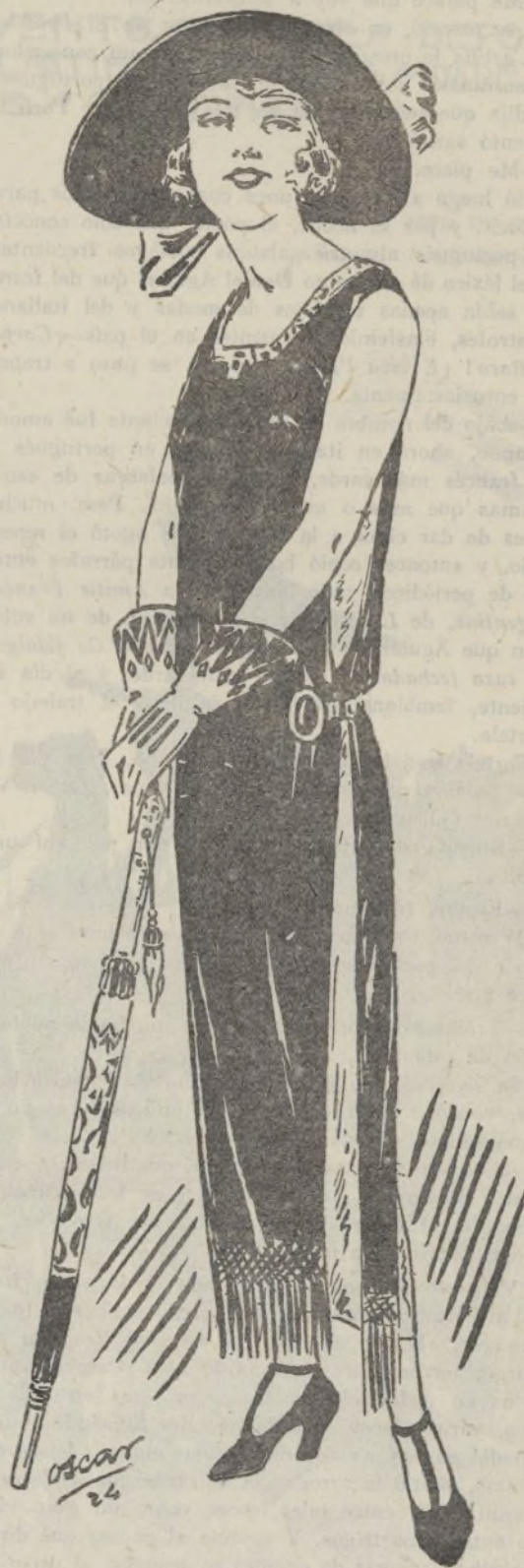
—¿Los sabe Portela?

—¡Qué va a saber!

—Pues entonces es lo mismo.

Quería decir que se escribía cualquier cosa, y que, no dejando de realizarse el cobro, el negocio estaba igualmente hecho. La idea encantó. Pero hacía falta una persona de audacia asombrosa para llevarla a término, y Farfán, la única de tanto en el grupo, se negó después, resueltamente. Era poco el dinero de las biografías, poco señuelo el de una cena. ¡Si se tratase de algo más! ¡Si hubiera lo suficiente para

tomar pasaje en un trasatlántico! La idea, sin embargo, estaba lanzada, y ya no era posible que se



abandonase. Una semana antes de Nochebuena, Villasuso palideció emocionado.

—Me parece que voy a atreverme yo.

Y se atrevió, en efecto. El director de *El Pendón de Castilla* le presentó a Portela como un conocedor extraordinario del francés, el italiano y el portugués. Le dijo que era poeta en las tres lenguas, y Portela comentó satisfecho:

—Me place.

Dió luego a Villasuso unos cuantos artículos para traducir, y por la noche, el poeta, que sólo conocía del portugués algunas palabras gallègas frecuentes en el léxico de su amigo Daniel Aguiar, que del francés sabía apenas términos de modas y del italiano apóstrofes, blasfemias frecuentes en el país—¡*Corpo di Baco!* ¡*E viva l'Italia!*, etc.—, se puso a trabajar entusiastamente.

Debajo del nombre de cada comerciante fué amontonando, ahora en italiano y luego en portugués y en francés más tarde, todas las palabras de estos idiomas que más o menos recordaba. Pero, mucho antes de dar cima a la tarea, se le agotó el repertorio, y entonces copió honradamente párrafos enteros de periódicos y de libros, de la *Amitié Franco-Argentine*, de *L' America degli italiani*, de un volumen que Aguiar tenía y que se llamaba *Os fidalgos da casa fechada...* Terminó muy tarde, y al día siguiente, temblando un poco, le llevó el trabajo a Portela.

Portela leyó los artículos uno a uno, línea por línea, palabra por palabra. Aquella calma aterró a Villasuso. Quiso irse.

—Bueno; mientras lee, voy a dar por ahí una vuelta...

—Espere, termino en seguida.

Y como terminase ya, diputó excelentemente la labor del poeta, le pagó los artículos y le entregó otro puñado.

—Tráigamelos pronto. Me urge mucho la publicación de este libro.

Se los llevó dos días después. Portela volvió a leerlos, volvió a decir que eran magníficos, y al fin le alargó unas pruebas de imprenta.

—Son los artículos del otro día, que deben de estar llenos de erratas. ¡Me las ponen en los españoles! Hágame el favor de corregirlas. Yo, como ve, no tengo tiempo para nada.

Villasuso se sentó al otro lado de la mesa, frente a Portela, delante de las terribles tiras de papel impreso. ¿Dónde estarían las erratas? Era, sin embargo, forzoso corregirlas, y lo hizo. Cambió varias leras en cada palabra, varias palabras en cada línea, varias líneas en cada párrafo. Suprimió comas, añadió puntos, elevó a mayúsculas algunas letras modestas, abatió la arrogancia de otras que le desagradaron. Fué, entre tales letras, como un gran viento entre unos trigos. Y sonreía al pensar qué dirían aquellas personas de quienes se ocupaba, al verse tan

extrañamente aludidas, después de su nombre, en el libro de Portela...

—Ya está.

—Perfectamente. Gracias y tenga.

Le dió el importe del trabajo hecho, le dió nuevos artículos para traducir, volvió a pagárselos religiosamente, y el día de Nochebuena Villasuso era el más feliz de los hombres.

—Vamos a cenar donde se nos antoje, sin trabas, sin límites...

Pero Farfán no quiso acompañarlos. Durante la tarde había hecho un calor horrible, y la noche agobiaba aún. No corría el más leve soplo. Las hojas de los árboles, quietas, inmóviles, creyéranse de metal. Se opuso terminantemente a salir de casa. Negó que aquello de allí fuese Nochebuena ¡Nochebuena! ¡Una Nochebuena sin nieve en las calles ni fuego en las chimeneas y sin villancicos y sin rabeles! ¡Una Nochebuena con aquel calor, con aquellas cenas al aire libre, bajo el cielo estrellado, cantilísimo, casi luminoso! Era no pensar. En tal noche, él quería hallarse al pie de la lumbre, vigilando la preparación de las castañas y hojeando el número extraordinario de una revista donde hubiese dibujos de niños ateridos ante la iluminación de un escaparate confortable. Exigía que fuera la nieve cayese, y que sonasen las panderetas y no dejasen de escucharse los cantares. Se negó terca, resueltamente.

—No, no voy, dejadme...

Nada importó que le ofrecieran la mejor de las cenas, en uno de los sitios más cómodos. Nada, siquiera, decirle, como le dijeron, que el dinero de Portela daba para *champagne* y para todo. Hubo que dejarlo.

Daniel le despidió con deseos casi de acompañarle, de quedarse a solas con sí mismo. ¡Qué de recuerdos también en su alma! ¡La aldea; los cánticos; los reyes magos; los molinos hilando el agua; el vino tibio, perfumado de canela; la lumbre del hogar, la más alegre del año; las piñas de pino manso, abriéndose con su olor de resinas!... ¡Y aún había quien podía vivir sin eso! ¡Y aun quien estaba allí!

Los otros también marchaban tristes. El que más y el que menos no dejaba de tener sus recuerdos, sus altares. La animación de las calles, de los hoteles, de los cafés, apenas pudo influir en sus espíritus. Aquello no era la cálida animación de cualquier rincón de su tierra en tal noche. Era la alegría helada de una fiesta en un parque. Al través de las ventanas de los hoteles, abiertas en demanda de una frescura ilusoria, veíanse mujeres muy escotadas, conando al lado de hombres muy ceremoniosos. Las altas terrazas de los *restaurants* y de los *clubs*, debían ser teatro de un espectáculo idéntico. Desde abajo distinguíase ya el fulgor de las luces dando tonos fantásticos al verde de los pinos enanos, avivando el de los naranjos del salón, restituyéndoselo a las en-

(Continuará).